

*MARGARITA
LA TORNERA*

JOSÉ ZORRILLA

Freeditorial 

MARGARITA LA TORNERA

(Tradición)

INVOCACIÓN

¡Espíritu sublime y misterioso
que del aire en los senos escondido
templas su voz, prestándole armonioso
eco gigante o soñoliento ruido;
arcángel cuyo canto melodioso
el orbe arrulla ante tus pies tendido,
inspira tú palabras a mi acento,
gratas como la música del viento!

Porque, ¿quién como tú me las darías?
Tú, cuya voz dulcísima murmura
en la quietud de la floresta umbría,
y del bosque salvaje en la espesura,
y en los gemidos de la mar bravía,
y en los murmullos de la sombra oscura.
Y cuando tiene inspiración o acento
tonos te pide para usar su aliento.

¿Quién como tú la inspiración me diera,
y la armonía celestial y santa,
y la robusta entonación severa
de que carece mi mortal garganta?
Cruzar los lindes de tu azul esfera,
medir audaz la inmensidad que espanta,
no osara, no, mi pensamiento vano
sin el auxilio de tu santa mano.

Y tú, radiante y peregrina estrella,
María de los mundos soberana,
Madre sin mancha, compasiva y bella,
a quien adoro en ilusión lejana
cual faro santo que en mi fe destella,
mi voz perdona, si mi voz profana
osa hablar de tu amor y tu hermosura
con lengua pobre, terrenal e impura.

Sé que mis ojos, inmortal Señora,
la gloria manchan de tu faz divina;
indignos, ¡oh celeste Emperadora!,
son de mirar tu sombra peregrina;
no merece mi lengua pecadora
ser alfombra a tu planta cristalina,
mas deja al fin, ¡oh luz de mi esperanza!,
que alce un himno mi voz en tu alabanza.

¡Venid los que lloráis! Oíd mi canto
los que creéis en la virtud y el Cielo;
venid, almas transidas de quebranto,

venid a oírme y hallaréis consuelo;
veréis lucir tras la tormenta oscura
un rayo de esperanza y de ventura.

- I -

El padre y el hijo
Dicen que en una ocasión
(el año no hace a la esencia
del hecho) había en Palencia
un tal don Juan de Alarcón.

No era de Palencia el tal,
mas su padre residía
allí, porque allí tenía
crecidísimo caudal.

Gil era el nombre del padre,
viudo desque Juan vivió,
pues el muchacho nació
dando la muerte a su madre.

Adoraba el buen don Gil
en su hijo, y era don Juan
el mancebo más galán,
más generoso y gentil
que en Palencia se encontraba;
siempre de amigos cercado,
siempre de ellos festejado,
puesto que él siempre pagaba.

Ello es cierto que por más
que el padre le amonestó,
un libro jamás abrió
ni oyó un maestro jamás.

Pero en cambio era el mejor
que había en todo Palencia
para armar una pendencia
o enmarañar un amor.

Arrinconaba a un maestro
tirando la espada negra,
y dicen que fue a Consuegra
a desafiar a un *diestro*,
y sacándolo a reñir
matóle y tomó a su dama,
con lo cual creció su fama
lo imposible de decir.

Iba, pues, todos los días
en auge, con sus extrañas
y turbulentas hazañas
hechas en las cercanías.

Pues, aunque áspero de genio
e indolente, el tal don Juan
era mozo muy galán
y de ventajado ingenio.

Cada noche andaba en vela
por una nueva beldad,
y daba gozo en verdad
verle tocar la vihuela.

Cantaba que era delicia,

y sabía centenares
de endechas y de cantares
que rebosaban malicia.

Y tan joven, tan apuesto,
tan bello y con fama tal,
dueño de tan buen caudal
y a cualquier lance dispuesto,
era en todos los partidos,
entre rondas y querellas,
el cucú de las doncellas
el coco de los maridos.

Que no hay una cuya reja
a su reclamo no se abra,
ni le esquive una palabra
dicha de paso a la oreja.

No hay casado cuyo sueño
su voz no turbe o asombre.
ni marido que a su nombre
no frunza un tantico el ceño.

Y el buen don Gil, que sabía
las proezas de su hijo,
le amonestaba prolijo
cada noche y cada día.

Mas él seguía sin tino
dando brida a sus locuras,
y diciendo «que aventuras
buscar, era su destino».

Envióle a Valladolid,
mas fue en la Universidad
de rebeldes capataz
y de zambras adalid.

Él fue, haciendo mil papeles
en rondas y francachelas,
el alma de las vihuelas
y el terror de los bedeles.

Y causador de las bullas
y arrestos estudiantiles,
azotó a los alguaciles
y acuchilló las patrullas.

Quísose usar de rigor
con él, y sentó tan mal,
que un día en la catedral
se agarró con un doctor.

Tomaron otros la injuria
tan a pechos, que cerraron
sus cátedras, y aun hablaron
de don Juan con harta furia.

Mas sus palabras, contadas
ante él, en un claustro pleno
presentóse y lo hizo bueno
con muchos a bofetadas.

Un canónigo muy viejo,
pariente suyo, le dio
quejas, a que él respondió

con insolente despejo:

«Que tenía el alma seca
de hablar de legislación,
y que sentía intención
de quemar la biblioteca.»

En fin, no hallando más medio
de estar en seguridad,
mandaron que la ciudad
despejara sin remedio.

Él decidió resistir
la orden cuanto pudiera,
pero tan precisa era,
que al fin fue fuerza partir.

Salió, sí, de la ciudad,
pero a caballo y de día,
con tal pompa y osadía
que fue escándalo en verdad.

Volvióse a Palencia, pues,
y en su caballo mejor
entró cual conquistador
la misma tarde a las tres.

Recibióle el buen don Gil
irritado, y con razón;
pidióle el mozo perdón,
culpó su ardor juvenil,
pintóse muy ultrajado
por la estudiantil canalla,
e hizo justa la batalla
a que le habían provocado.

Forjó un enredo chistoso
con el rector y una moza
que vino de Zaragoza
con oficio no piadoso
y contó tan peregrinos
lances de entrambos, que el viejo
tuvo por mejor consejo
reírle sus desatinos.

Y como era de pensar,
tras tan exótica risa,
diéronse ambos buena prisa
lo pasado en olvidar.

Tornóle el padre a sus brazos
y perdonó en conclusión,
que al cabo los hijos son
de las entrañas pedazos.

Tornó a ser, pues, lo que era;
y quedaron finalmente
el padre tan indulgente
y el hijo tan calavera.

*

Viven el padre y el hijo
frente por frente a unas monjas
que en un esquilón repican
dos veces en cada hora.

Don Gil, que es hombre devoto
y acosado de la gota,
de tal vecindad se alegra,
mas de ella don Juan se enoja.
Dice el padre: «Aquí tenemos
misa, jubileo y honras,
pláticas y ejemplos santos,
que al cabo jamás estorban.»
Dice el hijo: «¡Qué demonio!
Es una calle tan sola...
No hay en toda ella una reja
útil a cita ni a ronda.»
Dice el padre: «Esas benditas
están ganando la gloria
y encomendando al Eterno
sus vecinos... ¡Él las oiga!»
Dice el hijo: «Esas mujeres
se están como unas marmotas
toda su vida encerradas.
¡Vaya una aprensión diabólica!»
Dice el padre: «El capellán,
que es doctísima persona,
me tiene continuamente
conversaciones sabrosas.»
Dice el hijo: «¡Si al menos
hubiera una buena moza
a quien decir cuatro flores!...
Serán unos cocos todas.»
Y el padre: «Nada me falta
para una vejez dichosa,
la iglesia y la plaza cerca,
casa y rentas que me sobran.»
Y dice el hijo: «Por último,
haremos una intentona
a ver si las enjauladas
son lechuzas o palomas.»
Y así el padre y así el hijo
distintos proyectos forman,
aquél con sus devociones
y estotro con sus devotas.
Don Gil reza y oye misa
tres o cuatro, una tras otra,
y don Juan acecha atento
la morada misteriosa.
Va de continuo a la iglesia
y al pie del coro se aposta,
troneras y celosías
de día y de noche ronda.
Mas ni ve ni alcanza nada,
pues entre verjas y tocas
todas son blancas visiones
que a lo lejos se evaporan.
Si llama al torno, ¡*Deo gratias!*
responde dentro gangosa

una voz que huele a vieja
y suena a campana rota.
Él pide agua del aljibe,
y escapularios y tortas
por echar una puntada
sobre si hay muchas o pocas
madres, ancianas o jóvenes.
Y por más que a la rectora
alaba, y a las novicias,
y a la que el órgano toca,
y a las que cantan en coro,
y a la salmista que entona,
y hasta a la vieja beata
que afuera pide limosna,
es inútil su destreza,
nada adelanta ni logra:
siempre a sacar viene en limpio
noticias que no le importan:
la novena de Santa Ana,
el sermón del padre Acosta,
la nueva casulla verde,
la falda de Santa Rosa,
cosas de que gusta el padre,
que es viejo y que tiene gota,
pero que al hijo concluyen
por remontarle la cólera,
y al cabo sale diciendo:
«¡Bruja condenada y chocha,
que nunca responde acorde
ni dice cosa con cosa!»
Desistió, pues, del empeño,
mas fue temporada corta,
merced a un nuevo incidente
que al cabo picó en historia.
Llevóle su padre a misa
un día casi a la aurora;
ya había en la iglesia gente,
aunque soñolienta y poca.
Oraba el padre de hinojos
en un pico de la alfombra
que disimulaba en parte
la humedad de las baldosas,
y él, recostado en las verjas
del coro, en dulces memorias
dejaba vagar perdida
al ánimo irreligiosa.
Ya sonreía afectado
por ideas seductoras,
ya el entrecejo fruncía
por negros recuerdos de otras;
y tan absorto se hallaba
con sus visiones gloriosas,
que ya alzaba el sacerdote
la sacratísima forma,

y él, sin bajarse a adorarla,
en su quietud silenciosa
continuaba con escándalo
del pueblo que cree y adora.
Y la verdad que no era
culpa enteramente propia,
pues parte habría del diablo
la malicia tentadora.
Ello es que él a sus espaldas
sintió señal cautelosa
que le arrancó de sus vanas
visiones encantadoras,
y una voz que le decía,
limpia, argentina y sonora:
«De rodillas, caballero,
que están alzando la hostia.»
Y él, advertido y curioso,
de hinojos cayó en las losas,
pero volviendo la cara
al maestro de ceremonias.
Era el tal una monjita,
que al notar la codiciosa
mirada del mozo en ella,
de rubor se puso roja,
bajó los ojos al suelo,
sobre el pecho vergonzosa,
dobló la cerviz, y humilde
tocó la tierra y besóla.
Mas encontrando al alzarse
la mirada abrasadora
del mozo clavada en ella,
levantóse presurosa.
Don Juan, advirtiendo astuto
que se iba y que estaba sola,
asíó la ocasión propicia,
y a desvanecerse pronta:
-¡Chíst! -le dijo, con la mano
llamándola-. Hermana, oiga
una palabra.

LA MONJA

¿Qué quiere?

DON JUAN

¿Sois tal vez la superiora?

LA MONJA

¡Yo, señor! Soy la tornera.

DON JUAN

¡La tornera! Sois muy docta
para oficio tan servil
y diestra remedadora
de acentos, pues respondéis
¡Deo gratias!, tan tembloroso,
que más parece que vuestra,
la voz de una setentona.

LA MONJA Ved qué decís, caballero,
que yo no he sido hasta ahora
tornera, y lo soy este año
por muerte de sor Leoncia.

DON JUAN ¿Murió la pobre?

LA MONJA Murió.
Mas mirad que se prolonga
la conversación y...

DON JUAN Es cierto.
Si fuerais vos...

LA MONJA Servidora
vuestra.

DON JUAN Callada y prudente...

LA MONJA Cuando la imprudencia importa,
yo soy obediente y...

DON JUAN ¡Bueno!
Si no desplezáis la boca,
yo os prefiero a la abadesa.

LA MONJA No hay abadesa; es priora.

DON JUAN A la priora, es lo mismo.
Para hablaros de una cosa,
de un secreto que interesa.

LA MONJA Secreto!

DON JUAN A la mayor honra
y gloria de Dios, y vuestra.

LA MONJA ¿Mía?

DON JUAN Pues, y de las monjas.

LA MONJA Decídmelo.

DON JUAN Es imposible;
despacio ha de ser y a solas,
y pronto, pues urge mucho.

LA MONJA ¡Ay Dios!

DON JUAN ¡Eso es! Ya medrosa
vais a publicarlo todo
y vais... Vaya, ¿tenéis hora
en que poder escucharme?
Porque es fuerza que persona

- II -

Insensatez y malicia

La media noche era dada,
y aún tocaban a maitines
los esquilones agudos
con discordante repique,
cuando don Juan de Alarcón,
dichoso en amor y en lides,
tomaba punto en la calle,
despreciando la molicie
de la cama, y sin cuidar
de que en el vulgo le tilde
la ronda, si se descubre
o hay lance que le complique.
Largo y toledano acero
bajo la capa se ciñe.
Por si salen a campaña
curiosos o ministriles.
Por lo demás, su disfraz
maldito lo que le aflige.
Sólo de su ropa y cara
en todos lances se sirve,
pues no le importa que nadie
le conozca ni le mire
por dondequiera que vaya,
pase, espere, oiga o platique.
Por consiguiente, don Juan
impertérrito prosigue
esperando que la reja
o se ocupe o se ilumine.
Y está la noche a propósito,
pues pardas nubes impiden
a la encapotada luna
que en toda su fuerza brille;
de modo que siendo a un tiempo
clara y nublada, despide
luz para quien luz desea,
sombra para quien la pide.
Todo en Palencia reposa,
que es ciudad pobre, aunque insigne,
y alberga de labradores
gran parte y de gente humilde,
y es fuerza que, pues madrugan,
largas horas no vigilen.
Ni pasos, pues, ni rumores
de vivientes se perciben;
óyese sólo del aire
el son prolongado y triste;
y el ladrido de los perros
que ecos lejanos repiten.
Suena a lo lejos el órgano,

y vienen a confundirse
con sus cláusulas del viento
las ráfagas invisibles
que de las torres perdidas
en los calados sutiles
murmuran, silban o zumban,
chillan, retumban o gimen.
Horas medrosas son éstas
en que la mente concibe
larga turba de fantasmas
que estorban aunque no existen.
Horas que para sus juntas
los espíritus eligen,
y el vulgo para sus cuentos
de apariciones y crímenes.
Mas sin acordarse de ellas,
con ánimo osado y firme,
aunque de aguardar cansado
y casi tentado a irse,
de arriba abajo don Juan
la calle embozado mide
a las sombras de las tapias
y al compás de los maitines.
Y ya en el centro del claustro
cesado habían de oírse
tiempo hacía, y ya el mancebo
renegaba de la estirpe
de la tornera y de todas
las monjas que a coro asisten
en el mundo, cuando a espacio
siente la ventana abrirse;
y en la oscuridad confusa,
haciendo vista de lince,
un vago contorno blanco
tras de los hierros percibe.

DON JUAN

Hermana, ¡gracias a Dios!
Más de una hora me tuvisteis
de plantón. ¡Dios os lo premie!

LA MONJA

¿Tardé mucho?

DON JUAN

(¡Vaya un chiste!)
No hay para qué hablar ya de ello,
puesto que al cabo vinisteis.

LA MONJA

¿Sabe lo que digo, hermano?

DON JUAN

No, hermana, si no lo dice.

LA MONJA

Dirélo: cuando muchacha
leí unos libros que escribe
un tal Quevedo, que tienen
a fe mía mucho chiste,

y hay un lance en uno de ellos
tan bonito..., y que a decirle
verdad se parece tanto
a esta noche...

DON JUAN

¿En qué, mi Filis?

LA MONJA

En que hay un mozo en la calle.
Que sois vos, y viene a oírle
una mujer, que soy yo, y...
Pero, antes que se me olvide,
mirad. Filis no me llamo,
sino Margarita.

DON JUAN

¡Miren
qué nombre tiene tan lindo
la hermana!

MARGARITA

¿Os gusta?

DON JUAN

Indecible
gozo me da vuestro nombre,
y admiro que signifique
una cosa tan preciosa
como quien le usa y recibe.

MARGARITA

¿Gasta lisonjas, hermano?
Mas soy curiosa: decidme,
¿y Filis qué significa?
Que ha poco me lo dijisteis.

DON JUAN

Ésa es una pastorcilla
muy bonita, de unos quince
años, con dos ojos negros
que en luz con el sol compiten,
y con un cutis más blanco
que las plumas de los cisnes,
con un cuerpo más esbelto
que una palma, y más flexible
que los juncos olorosos
que en el agua echan raíces,
y con dos manos más bellas
que el nácar y los jazmines.

MARGARITA

¿Y dónde está esa muchacha?

DON JUAN

Es una niña invisible
que en la idea solamente
de los poetas existe.

MARGARITA

¿Y qué tengo yo que ver
con Filis?

que demuelen las iglesias
y se temen que se avisten
dentro de poco en Palencia
y a todos nos aniquilen;
y ese mancebo os dijera:
«Ven, es forzoso seguirme;
yo sólo puedo salvarte,
¡yo te amo!» ¿Osarais seguirle?

MARGARITA

¡Dios mío!

DON JUAN

Si ése os dijera:
«Yo sé un lugar infalible.
Donde sin guerras ni duelos
y sin afanes se vive
con compañeros alegres,
entre danzas y festines,
prolongados en la noche
con funciones y con brindis,
y yo soy dueño absoluto
de esos lugares felices;
y tú, ¡Margarita mía!
¡luz de mis ojos!; tú triste
en la soledad consumes
tus auroras juveniles,
tus olvidados encantos...
¡Oh, alma mía!, presto sígueme;
ven, huyamos, amor mío;
huyamos de estos confines
donde la muerte te aguarda
y la desdichada reside»,
¿qué diríais?

MARGARITA

¡Ay, hermano,
no sé qué me da...; decidme,
¿todo eso es cierto?

DON JUAN

Muy cierto;
pero secreto imposible
de revelar, porque todos
quieren que todos peligren
al mismo tiempo y sucumban.
Y a quien lo sabe persiguen
con tormentos y castigos;
conque, hermana, por terrible
que sea la tentación
de hablar, cómo la resiste
vea, porque si lo cuenta
tal vez su vida peligre.

MARGARITA

¡Ay, Virgen santa!

DON JUAN

Y la aviso
que si a mi razón se rinde,

- III -

Tentación

Aún no cuenta Margarita,
diecisiete primaveras.
Y aún virgen a las primeras
impresiones del amor,
nunca la dicha supuso
fuera de su pobre estancia,
tratada desde la infancia
con cauteloso rigor.

Hija de padres, si nobles,
desconocidos y avaros,
compró la infeliz muy caros
los gustos de su niñez,
y al cabo tornóse en humo
y en soledad para ella
la vida futura y bella
que se imaginó tal vez.

Siempre encerrada y oculta
cuando en el mundo vivía,
sólo del mundo veía
la calle tras un cancel;
y no alcanzó, de su casa,
fuera del triste recinto,
el mágico laberinto
que se extendía tras él.

Jamás pensó que las flores
que sus jardines criaran,
los salones perfumaran
preparados al festín;
jamás pensó que las noches
que ella pasaba en su lecho,
tuvieran bajo otro techo
más delicioso, otro fin.

Que las danzas bulliciosas,
las alegres serenatas,
las mil quimeras dichosas
de la alegre sociedad,
aún no hablan en tumulto,
ido a tender en sus sueños
los dos lazos halagüeños
de *amor* y de *vanidad*.

¡*Amor!* Esa fantasía,
vaporosa y encantada,
selva escondida, empapada
de armonía y de placer;
santuario de la ventura,
magnífico paraíso
donde ir vagando es preciso
tras un fantástico ser.

Un ser que huye y se engalana

con los colores del viento,
y se nos muestra un momento
en fugitiva ilusión,
y un ser que a pocos contenta,
cuando por fin alcanzado
deja el oropel prestado
y descubre el corazón.

¡Feliz quien halla en su centro
fresco pabellón tranquilo
de reposo, y no da asilo
en él a la *vanidad!*

La vanidad, luz fosfórica
que ilumina los espejos
y causa con sus reflejos
del alma la ceguedad.

¡Inocente Margarita!
¡Fugitiva mariposa,
que de esa luz engañosa
en torno girando vas!
¡Plega tus alas errantes,
y en tu inocencia dormida
no pienses en otra vida
que te doraron quizás!

Mas, ¡ay!, que dulces palabras
sonaron en tus oídos,
y los deseos dormidos
se revelaron en pos.
¡Ay! ¿Por qué en el mundo vano
a quien le da la inocencia
no le da la resistencia
para defendernos, Dios?

La vida hermosa se finge,
y aunque en ilusión escasa,
ya en impaciencia se abrasa
de sentir y de gozar.
Y no es temor a los males
que don Juan la profetiza;
es que el placer diviniza,
y le adora a su pesar.

¡Pobre niña! Allá a sus solas,
ciega por un mal consejo,
por vez primera un espejo
eligió para su juez,
y recordó las palabras
de un seductor insolente,
y recordó la inocente
los días de su niñez.

Cuando su madre a deshora
de los festines volvía,
y entre sueños la veía
sus adornos deponer;
cuando acaso desvelada
al son de los instrumentos,
sentía los aposentos

vecinos estremecer.

Y cuando acaso a escondidas,
asomada a una ventana,
vía la turba profana
voluptuosa pasar;
y al brazo de los mancebos,
con el deleite más bellas,
asidas muchas doncellas
sonreír y platicar.

¡Oh! Qué seis años monótonos
de soledad y convento,
habían su pensamiento
reducido a un punto ruin,
a espacio tan miserable,
a círculo tan mezquino,
que era el claustro su destino
y el altar era su fin.

«Aquí está Dios», la dijeron,
y ella dijo: «Yo le adoro.»
«Aquí está el torno y el coro.»
Y pensó: «¡No hay más allá!»
Y sin otras ilusiones
que sus sueños infantiles,
pasaron sus seis abriles
sin conocerlos quizá.

Pobre tórtola enjaulada
dentro de la jaula nacida,
¿qué sabe ella si hay más vida
ni más aire en que volar?
Si no vio nunca sus plumas
del sol a los resplandores,
¿qué sabe de los colores
con que se puede ufanar?

Mas ¡guay que alcance a lo lejos
del día la lumbre pura,
de la selva la frescura
y el arrullo de su amor!...
¡Su nido será su cárcel,
su potro serán las rejas,
sus arrullos serán quejas
y su silencio dolor!

Mas es tarde; Margarita
en la noche solitaria
oyó amorosa plegaria,
y se despertó su afán,
su corazón revelóse
con incógnitos afectos,
y odió los santos preceptos
al recordar a don Juan.

Y confundiendo en su mente
sus amagos y alabanzas,
ya en risueñas esperanzas,
ya en inocente pavor,
contemplándose al espejo

con la luz de la bujía,
así pensaba y decía

Margarita en su interior:

«¿Conque hay fiestas y banquetes,
y nocturnos galanteos,
y deliciosos paseos,
de esta pared más allá?

¿Conque esta toca de lana,
cambiada en perlas y flores,
hará mis gracias mayores
y más hermosa me hará?

¿Conque aquellas relaciones
de encantos que yo leía
y que apenas comprendía,
ni comprendo, ciertas son?

¿De aquellas magas fantásticas,
de aquellos bravos guerreros
y gentiles caballeros,
la historia no es ilusión?

¿Y se encuentran y combaten
por bizarras hermosuras,
y corren mil aventuras
por agradarlas mejor?

¿Y ellas viven en palacios,
y vagan por sus jardines,
y celebran con festines
la ventura de su amor?

¡Oh! ¡Que ese hombre me lo ha dicho!
Sí, sí, negros son mis ojos...

¡Y esta toca me da enojos
y me hace fea tal vez!...

Si me lo dijo, ¡lisonja!,
mas probemos; me la arranco:

¡Oh, como el armiño blanco
mi pecho!... ¡Blanca mi tez!

Blancos mis brazos redondos;
mis mutilados cabellos
son de azabache..., y en ellos
puesta, aunque mal, esta flor,
¡cuán bien me va!... ¡Oh, soy hermosa!
Y encerrada me consumo,
y se pierden como el humo
mis días de más valor.»

Así, desnuda al espejo
presentando su hermosura
Margarita, en su locura,
deseó la libertad.

Y acosada por tan varios
pensamientos tentadores,
deleites seductores
amó de su vanidad.

Y desde esa triste noche,
cabizbaja y distraída,
sintió su fe decaída,

estéril su religión;
y allá muy lejos del claustro
perdido su pensamiento,
para huir no tuvo aliento
la terrible tentación.

Y pasaron muchas noches,
y don Juan siguió viniendo
a la reja y siguió oyendo
Margarita al seductor,
y con las dulces promesas
del galán adormecida,
suspiró por otra vida
de deleites y de amor.

Que era el mozo muy astuto,
y era muy cándida ella,
y era la monja muy bella,
y el rondador muy audaz;
las noches eran oscuras,
las citas muchas y en calma,
y el amor prende en el alma
con la chispa más fugaz.

¿Y quién explica, aun queriendo,
el efecto poderoso
con que un coloquio amoroso
cambia al fin un corazón?
¿Y quién los medios explica
con que nos sale al encuentro
un amor que enciende dentro
el volcán de una pasión?

¿Qué puede hacer Margarita
si lo ignora, aunque lo siente?
Como víctima inocente
ir, dejarse arrebatar,
hacer dentro de su pecho
sus creencias mil pedazos,
y de don Juan en los brazos
caer, al pie del altar.

Y cayó; que en una noche
por don Juan determinada
debía la desdichada
con él la fuga emprender.
Y oyóseles en la sombra
darse la cita postrera,
y acabar de esta manera,
ya cerca de amanecer:

DON JUAN

No hay más medio, Margarita.

MARGARITA

Mañana, pues.

DON JUAN

Tanto monta
un día antes; estad pronta.

- IV -

¡Oh, religión consoladora y bella,
feliz mil veces quien a ti se acoge
y el norte sigue de tu fija estrella,
y tu divina luz constante adora!
Que en la fiera borrasca asoladora
de esta vida de llanto y de pesares,
nunca extraviado perderá la huella
del *más allá* que empieza en los altares.

¡Sí, misteriosa religión, tú tienes
consuelos para el triste, y alegrías
para quien cuenta sus tranquilos días
por venturas y bienes!
Tú tienes el azote del malvado,
la corona del justo,
la palma de la virgen inocente;
y esperanza del náufrago postrado,
y ánimo del soberbio delincuente;
siempre se ve brillar allá en la altura
el vivo lampo de tu lumbre pura.

Si Jehová soberano
indignado recorre el mundo inicuo
y aparta dél su poderosa mano,
y las razas maldice,
torpemente mezcladas,
de su Dios y su origen olvidadas;
si agita sus caballos iracundos
y su carro de fuego airado lanza
por medio de los mundos,
y encima de las turbas insensatas
revientan las henchidas cataratas,
al justo salva, y luego,
tornando compasivo a la bonanza,
de su ira celestial matando el fuego,
en prenda de salud y de sosiego
tiende el iris de paz y de esperanza.

Si elevado en el Gólgota pendiente,
tinto en su sangre con horror expira,
a la precita gente
con tiernos ojos expirando mira;
y conociendo que quien tal le puso
no merece perdón por parte suya,
a su Madre infeliz les encomienda.
«Vuestra Madre -dijo muriendo-;
esa de mi bondad última prenda,
si algún día vertéis sincero llanto,
por vosotros pidiendo,
para salvaros del azar tremendo,
real protectora os tenderá su manto.»

Y a Ti, Madre amorosa,
los tristes ojos con afán volvemos

en la airada tormenta procelosa,
en Ti esperamos y en tu amor creemos,
y a Ti tornados a tus pies caemos.
Porque del Hijo santo
quien ha escupido en la divina cara,
arrepentido al cabo, ¿a quién mostrara
más que a la Madre el doloroso llanto?
¡Ah! ¿Quién le comprendiera,
ni quién capaz para enjugarle fuera,
sino quien puede de su dulce boca
con la dulce sonrisa
calmar la ira que el baldón provoca,
como disipa la apiñada niebla
el lento soplo de la blanda brisa?
¡Oh, dulce Madre celestial y bella,
feliz mil veces quien a Ti se acoge
y el norte sigue de tu fija estrella
y tu divina luz constante adora!
¡Feliz mil veces, inmortal Señora!
Feliz Margarita bella,
cuya infantil confianza
de la luz de tu esperanza
no perdió nunca la huella.

- V -

La despedida

Es ya la noche aplazada
por don Juan, fría y oscura;
el aire revuelto augura
la vecina tempestad.
Ni un astro al azar perdido
en el cielo azul riela;
el aire que corre hiela;
triste es la noche en verdad.

Todo en el convento calla;
por las bóvedas sombrías
de sus largas galerías
ni un viviente, ni una luz.
Ninguna perdonó el soplo
del viento desordenado;
toda la tierra ha enlutado
la noche con su capuz.

De los laureles del huerto
las hojas medidas suenan,
y el claustro vecino llenan
de ruido amedrentador.
Que prolongado en la bóveda,
y perdido en su hondo hueco,
sin cesar le arrastra el eco
de uno en otro corredor.

A veces por un instante
todo el ámbito ilumina
la claridad repentina
de un relámpago fugaz,
y en el momento en que todo
a la vista se presenta,
todo de formas aumenta
y todo cambia de faz.

Allá, a través alumbrado,
de un arco el contorno crece,
y un antro infernal parece
de cárdeno resplandor;
allí las verjas clavadas
en los pilares sujetos,
fugitivos esqueletos
representan con pavor.

Allá un tapiz suspendido,
sobre una puerta enrollado,
semeja un monstruo enroscado
que se arrastra en un rincón;
allí empinado en su losa
de algún fundador el busto
remeda con fiero susto
gigantesca aparición.

Acongojada la mente

con tan varias ilusiones,
redobla las aprensiones
que la vienen a turbar;
y engañados los sentidos,
la lengua a invocar no acierta
favor, ni la planta incierta
se decide a caminar.

Estorbos mil al encuentro
nos salen a un punto mismo;
doquiera se abre un abismo
donde avanzamos el pie,
doquiera una sombra horrible
nos descarría y espanta,
y se anuda la garganta
y se acobarda la fe.

Noche medrosa era, en suma,
la elegida por el mozo,
aunque él obra sin rebozo,
remordimiento ni afán;
y atribulada en su celda
esperaba Margarita
el momento de la cita
postrimera de don Juan.

Su mente infantil, curiosa,
ansiaba el dulce momento;
mas vago remordimiento
la roía el corazón,
y recostada en su lecho,
sin apagar su bujía,
luchaba, mas no podía
con la loca tentación.

De aquellos seres fingidos
por don Juan con la presencia
se amedrentaba, en Palencia
creyéndoles ya tal vez;
y se fingía entre sueños
a sus quietos moradores
envueltos en los horrores
en que cree su candidez.

Más apacible otras veces,
su ilusión la presentaba
mil sombras que engalanaba
su imaginación pueril;
y recorría entre sueños
los encantados espacios
de los mentidos palacios
de su seductor gentil.

Blanca paloma perdida,
próxima a tender su vuelo
para buscar otro cielo
más diáfano en que volar,
medía el espacio inmenso
que recorrer intentaba,
y antes de alzarse dudaba

si le podría cruzar.

Tal vez sentía su nido
dejar allí abandonado
do habría tal vez gozado
de su ventura mayor;
mas ciega y enamorada,
y acaso falta de aliento,
iba a lanzarse en el viento
para seguir a su amor.

Pobre barquichuela débil,
que en pos de nave entonada
salía desesperada
sin más norte que el azar,
tal vez temía la triste
que una tormenta futura
la sorprendiera en la altura
del no conocido mar.

Y aunque fiada en su breve
tranquilidad engañosa,
imprudente u orgullosa
se preparaba a partir,
temía que una vez suelta,
botada a la mar bravía,
fuera imposible la vuelta
y el fondo su porvenir.

Mas, ¡ay!, así estaba escrito;
de oculto sino impelida,
de su azarosa partida
la hora precisa llegó;
llegó, y al fin Margarita,
que oído prestaba atento,
oyó perderse en el viento,
los dos golpes del reloj.

Salió cautelosa y tímida
de su celdilla temblando,
a todas partes mirando,
y a tientas guiando el pie;
mas ya en la lucha postrera,
próxima a colmar su falta,
siente que el pesar la asalta
y que renace su fe.

Al corazón se le agolpan
mil vagos remordimientos,
mil vagos presentimientos
de incomprensible pavor,
y en su creencia sencilla,
del Dios mismo a quien ofende
tal vez recibir pretende
perseverancia y valor.

Cruzó el solitario claustro,
bajó el caracol estrecho,
y a una ventana en acecho
quiso un instante posar;
la tempestad empezaba,

la lluvia espesa caía,
y el recio viento la hacía
sobre los vidrios botar.

«¡Qué noche! -dijo espantada-
¡Si habrá don Juan desistido!»

Mas percibiendo ruido
por las tapias del jardín,
escuchó sobrecogida
y en un postigo inmediato
la seña oyó a poco rato
que la avisaba por fin.

No esperó más: con pie rápido
ganó el último aposento,
deseando del convento
los límites trasponer,
y ya del sacro recinto
fuera la planta ponía,
cuando en una galería
una luz alcanzó a ver.

Detúvose a los reflejos
de aquella luz solitaria,
y lágrima involuntaria
sus pupilas arrasó.

Soltó el cerrojo, asaltada
por una dulce memoria,
y al claustro precipitada
la pobre niña volvió.

Por imbécil e insensible
corazón vil que se tenga,
fuerza es que alguna mantenga
consoladora ilusión;
y por más que sea odiosa
la mansión donde se pasa
la vida, siempre a la casa
se apega nuestra afición.

Siempre, aunque sea una cárcel,
hay un rincón olvidado
do alguna vez se ha gozado
un instante de placer,
y al dejarle para siempre,
conociendo que le amamos,
un ¡adiós! triste le damos
sin podernos contener.

Margarita, que encerrada
pasó en el claustro su vida,
a dar una despedida
a su amado rincón;
porque en la virtud criada
y segura en su creencia,
uno buscó en su inocencia
su cándido corazón.

En un altarcillo humilde,
en un corredor alzado,
de flores siempre adornado

y alumbrado de un farol,
de una Concepción había
primorosa imagen una,
a quien calzaba la luna
y a quien coronaba el sol.

Era un lugar retirado,
mas la escultura divina
tan bella y tan peregrina,
que era imposible pasar
por delante sin que un punto
el celestial sentimiento
de su rostro, el pensamiento
se gozara en contemplar.

Y aquél fue de Margarita
el rincón privilegiado;
ni una noche se ha pasado,
mientras en claustro vivió,
en que allí no haya venido
humildemente a postrarse,
y en manos a encomendarse
de la que nunca pecó,

la pobre niña, agobiada
de soledad y fatiga,
buscó en su encierro una amiga
en quien creer y esperar;
y hallando aquella escultura
tan amorosa y tan bella,
partió su amistad con ella
y se encargó de su altar.

Cortóla preciosas flores,
la hizo ramilletes bellos,
puso escondidos en ellos
aromas de grato olor;
tendió a sus pies una alfombra,
y en un farol que ponía
conservaba una bujía
con perenne resplandor.

Allí fue donde alcanzando
aquella luz solitaria
vino la última plegaria
con lágrimas a exhalar,
y allí a la divina imagen,
con voz triste y lastimera,
la dijo de esta manera,
de hinojos ante el altar:

«Ya ves que al fin es preciso
que deje yo tu convento;
mas ya sabes que lo siento,
¡oh, Virgen mía, por Ti!
Y puesto que de él sacarte
no puedo en mi compañía,
no me abandones, María,
y no te olvides de mí.

»¡Ojalá entre mis hermanas

hubiera otra Margarita
que con tu imagen bendita
obrará como ella obró!
¡Ojalá esta luz postrera
que en esta noche te enciendo
estuviera siempre ardiendo
mientras te faltara yo!

»Mas, ¡ay!, ninguna te quiere
como yo, y son mis angustias
pensar que estas flores mustias
a tus pies se quedarán,
y se apagará esa vela,
se ajarán tus vestiduras,
y los que pasen a oscuras
tu hermosura no verán.

»Al fin yo parto, Señora;
mi confianza en Ti sabes;
en prueba, toma estas llaves
que conservo en mi poder.
Guárdalas: otra tornera
elige a tu gusto ahora,
y el Cielo quiera, Señora,
que nos volvamos a ver.»

Así Margarita hablando,
con lágrimas en los ojos
ante la imagen de hinojos
los sacros pies la besó,
y dejándola las llaves
y encendida la bujía,
traspuso la galería,
ganó el jardín y partió.

Quedóse el claustro recóndito
por el farol alumbrado
que dejó, al irse, colgado
Margarita en el altar,
y sólo se oyó tras ella
el rumor del aguacero,
y el soplo del aire fiero
que bramaba sin cesar.

- VI -

A la mañana siguiente,
y al revolver una calle,
un mancebo de buen talle
y resuelto continente
con otro dio que, volviendo
la esquina del otro lado,
con él se quedó encarado
cual memoria de él haciendo.

Y al fin ambos contemplándose,
a poco reconocidos,
se abrazaron decididos,
en tal coloquio trabándose:

DON GONZALO

¡Por vida mía!, don Juan,
¿pues cómo en Valladolid?

DON JUAN

De paso para Madrid.

DON GONZALO

¿A las fiestas?

DON JUAN

Todos van.

DON GONZALO

Mas falta un mes todavía.

DON JUAN

Paréceme, don Gonzalo,
que llegar pronto no es malo:
ya sabéis que es mi manía.

Doquier que de diversión
barrunto un ligero asomo,
lo menos para ir me tomo
un mes de anticipación.

DON GONZALO

¿Y para qué tiempo tanto?

DON JUAN

Si la función sale huera,
yo no me pierdo siquiera
todo el mes que me adelanto.

DON GONZALO

A fe que razón os sobra
y a poder irme con vos...

DON JUAN

¿Tenéis que hacer, ¡vive Dios!,
mas que ponerlo por obra?

DON GONZALO

Y mi tutor, ¿qué dirá?

DON JUAN

¿Pensáis que en este momento
mi padre estará contento?

DON GONZALO

Vos pues...

DON JUAN

Bien, pues id,
y a las puertas de Madrid,
vos con oro y yo con coche,
dentro de una hora estaremos;
mas no digáis dónde vamos,
que somos dos y bastamos
para ir como merecemos.

DON GONZALO

Iré.

DON JUAN

La hora cabal.

DON GONZALO

Ya veréis mi rapidez:
allí estoy fijo a las diez.

DON JUAN

Pues eso es lo principal.
Y así diciendo, a buen paso
partieron a su destino
cada cual por su camino
y no en brazos del acaso.
Que eran amigos antiguos,
y en el tiempo que escolar
fue don Juan, para habitar
tomaron cuartos contiguos.
Por eso se conocían
tan a fondo ambos a dos,
y el uno del otro en pos
mil locuras emprendían.
Y aquí, lector, por no ser
en demasía prolijo,
que te imagines elijo
lo que pudo acontecer.
Pues los mil inconvenientes
que ambos de orillar tuvieron,
y el cómo se compusieron
para obrar tan diligentes,
te aseguro que se ignora;
mas lo cierto de ese asunto
es que estuvieron a punto
al concluirse la hora.
Daba las diez el reló
y el coche les aguardaba,
y don Gonzalo llegaba
a quien don Juan demandó:

DON JUAN

¿Qué hay don Gonzalo?

DON GONZALO

Tomad.

DON JUAN

¿Cuánto?

DON GONZALO

Sesenta doblones.
No pude de esos bribones
conseguir más cantidad.

DON JUAN

¡Bah! Don Gonzalo, si os pesa
que el número sea tan vil,
yo traigo aquí más de mil
para ayuda de la empresa.

DON GONZALO

Adelante.

DON JUAN

¡Pues arrea!
Mayoral, pica el ganado,
que el viaje será apreciado
conforme, el camino sea.
Y al punto sin más azares
aprontaron el transporte
y echaron hacia la corte
de Olmedo por los pinares.
Eran seis meses después,
y trocada la fortuna
estaba ya para todos,
que todo el tiempo lo muda.
Lanzados del mar del mundo
entre la corriente turbia
Margarita, don Gonzalo,
y don Juan, los tres a una
las heces de los deleites
apuraban en hartura,
repletos hasta el hastío
de sus delicias inmundas.
Pasado habían las fiestas
que los reyes acostumbran
a dar a sus pueblos cuando
su padre baja a la tumba.
Fueron las que el Conde-Duque
dio a Felipe Cuarto muchas,
y ellos corrieron en ellas
en brazos de la locura.
Mas de su oro disipada
la crecidísima suma;
harto don Juan de la monja,
que sus desvíos acusa;
dudosa de los dos mozos
la amistad, que poco dura
entre quien de ella pagándose
inconsiderado abusa,
del porvenir de los tres
el horizonte se anubla,
y la discordia fermenta
dentro sus almas oculta.
Y tantas nubes preñadas
de descontento se agrupan,
que está la tormenta próxima
a desatarse con furia
al menor soplo de viento
que la impela o la sacuda.
¡Tan poco del mundo estéril

las satisfacciones duran!

Don Gonzalo, que debiera
mirar de don Juan la mucha
generosidad, mostrándole
ciega confianza mutua,
pues usa de cuanto tiene
y hasta de su nombre usa,
de su amistad poco a poco
afloja las ligaduras.
Sus negocios le recata,
de sus conquistas nocturnas
no le da parte, y descubre
a Margarita las suyas.
De un lado atiza los celos,
de otro sospechas abulta;
y en fin, su próxima vuelta
a sus hogares anuncia.
Don Juan no lo siente y calla,
porque don Juan no se cura
más que de vivir gozando
mientras que sus oros triunfan.
Y don Gonzalo, que advierte
que éstos están en las últimas,
pretextos busca a sus solas
para afean su conducta.

Que es don Gonzalo hombre pérfido
que la envidia disimula
de quien es mejor que él,
y cuya alma no renuncia
a una venganza que siempre
a medios mezquinos junta;
díscolo en fin, aunque acaso
su educación le disculpa.
Entre aquestos dos espíritus
maléficos que le turban,
Margarita el hondo cáliz
de las desdichas apura.
Margarita, que engañada
consintió y necia en la fuga,
y salió exhalada al mundo
de los deleites en busca,
cual mariposa perdida
por el aura que perfuman
mil flores, entre las cuales
vaga errando de una en una,
mas que al apoyarse en ellas
se estremecen y la asustan,
y aturdida y fatigada
no osa parar en ninguna.

Hoy siente que la atormenta
melancolía profunda,
y uno tras otro sus días
en el pesar se sepultan.
Y ve sus mil ilusiones

que al precipicio se agrupan
del abismo de la nada,
donde con mano insegura,
en los bordes se mantienen
en desesperada lucha,
y unas tras otras al cabo
sin remedio se derrumban.

«¿En dónde están -se decía-
los sueños de mi ventura?
¡Aquel país encantado
que exento estaba en angustias,
cuadro espléndido y magnífico
con una sola figura,
que era ese don Juan que ahora
duelos sobre mí acumula!
¿Por qué le he creído, ¡necia!,
por qué le he creído nunca?
¿Qué he encontrado yo en sus brazos
sino ficción y locura?
¿Qué me ha dado en sus caricias
a beber más que cicuta?
¿Qué espero de sus promesas
sino que jamás se cumplan?
Arrastrada entre sus vicios,
y sus orgías impuras,
su amor me devora el alma,
¡y él se harta de mi hermosura!
Sí, por otro amor me deja
encerrada en esta oculta
mansión, mientras él va ciego
tras de quien su amor rehúsa,
tras esa beldad vendida,
que abre a la codicia pública
sus gracias para que vaya
a hozar en ellas la chusma,
y cuyos torpes aplausos
la envilecen y la ensucian,
pues la apellidan a un tiempo
celestial y prostituta.
¡Ah!, los celos me devoran,
la envidia, el odio me abruman.
¡Yo le amo!..., y es imposible
que su indiferencia sufra.
Él me sedujo; él mis ojos
abrió a la luz de la culpa;
yo era una pobre inocente,
mi alma era cándida y pura,
sus palabras me eran dulces
como una lejana música,
más ardientes que un volcán
y más que una lanza agudas,
¿qué hiciera yo más que oírse las
con idolatría estúpida?
¡Ay! ¿Quién pudiera tornarme

a mi sencillez inculta
y a mi inocencia del claustro?
¿Quién amansará la furia
de este amor y esta conciencia,
que para herirme se juntan?»

Y es cierto cuanto en su duelo
la niña infeliz pronuncia,
porque don Juan la abandona,
harto ya de su hermosura.
Mozo sumido en los vicios
de juventud disoluta,
todos los gustos le cansan
si más de una vez los gusta.
Y mientras hallaba encantos
su pasión, entonces única,
de la bella Margarita
en la virtud, su alma impura
adoraba sus hechizos
locamente, y más la lucha
con su virtud empeñaba,
aún de su victoria en duda.
Pero al punto en que sus ansias,
que por eternas la jura,
trasladó a su corazón,
ya de su amor se disgusta,
y pues no espera otros nuevos,
a sus placeres renuncia.
Y sus caricias le cansan,
y le enojan sus preguntas,
y le fastidian sus quejas,
y su compañía excusa;
y ella, acosada de celos
y herida de sus repulsas,
sus pensamientos acecha
y sus palabras estudia.
A veces desatinada
y colérica le insulta
a veces los pies le besa,
y a veces, humilde y muda,
en cuantos gustos le advierte,
darle contento procura.
Mas él ni en una mirada
su amarga aflicción la endulza,
ni una palabra le dice
que confianza la infunda.
La espalda vuelve en silencio
y tal vez con una injuria
compensa sus atenciones
que no la agradece nunca,
y ella se queda llorando,
y él sale, la faz ceñuda
tras una mirada incierta
de la bailarina impúdica.
Y entretanto don Gonzalo,

que calla, mira y escucha,
cobra hastío de don Juan,
cuya elegancia y bravura
se llevan la primer parte
en amores y en fortunas;
y él, tiene, mal que le pese,
que apechar con la segunda,
que es, cual todos los imbéciles
que con los pillos se juntan,
un inferior que acompaña,
o que divierte o que ayuda,
pero a fin del sol del otro
satélite que no alumbra.
Mas van tres meses que arde
oculto el fuego, y en suma
no puede cumplirse el cuarto
sin que a incendio se reduzca.

- VII -

Lances imprevistos

Era una noche de aquellas
tristes, nubladas y lóbregas
en que la luz de los astros
rasgar no puede la atmósfera;
en que un vapor se respira
que en vez de aliviar sofoca,
y en que la calma parece
de desastres precursora.
Don Juan, en un negro acceso
de calentura amorosa
y al ver que ni una sonrisa
de la bailarina logra,
dejó su casa llevando
con él su riqueza toda,
y resolvió por el juego
tentar la fortuna loca.
Lanzóse, pues, en sus brazos,
pero la inconstante diosa
mostrábale como siempre
la faz amenazadora.
Quedábanle ya tan sólo
sus diez postrimeras doblas
cuando a una carta sin tino
levantándose tirólas.
La suerte fue aquella vez
menos cruda que las otras,
pues se cambió de repente;
y él, que jamás la malogra
de oro y de amor insensato
en la sed que le devora,
todo de una vez lo arriesga,
todo de una vez lo cobra.
Y comprimidos los labios,
las pupilas en las órbitas
rodando desconcertadas,
burlando la astucia pronta
de los jugadores pálidos
a quien impone su torva
mirada, el mozo impertérrito
oro sobre oro amontona.
Ya juegan sobre palabra,
y en vez de monedas, joyas,
y don Juan, que ve su suerte
las admite y las abona.
Ansiosos las tientan todos
una vez y otra vez y otras;
mas siempre en vano, el mancebo
va tan certero que asombra.
En fin, don Juan, satisfecho

de fortuna tan dichosa,
se alzó, asomando a sus labios
una sonrisa diabólica.
Nadie le habló una palabra,
ni saludó él a persona;
guardó el dinero sin cuenta
y devolviendo las joyas
tomó la puerta en silencio;
y aquellos a quien despoja
le vieron por la escalera
sumirse como una sombra.

*

«Todo lo puede el dinero
-dijo en la calle a sus solas-;
lo que al valor no se rinde
con la riqueza se compra.
Veremos, pues, si con oros
hacemos más que con horas.»
Y así hablando, en el teatro
compró silla y ocupóla.
Era ya tarde y la fiesta
de aquella noche era corta,
que daban una comedia
de Lope, sin otra cosa.
Estaba, pues, concluyéndose
cuando entró; mas era otra
su intención que la de oírla,
porque concluida toda,
fuese al vestuario, y con maña,
llamando aparte a una moza
que él sin duda conocía,
la interpeló en esta forma:
«Toma esos ocho doblones
y a esa sirena engañosa
a quien sirves, si te estimas,
dirás lo que aquí me oigas.
Y es: que hay un noble extranjero
que, al verla tan seductora,
volver no quiere a su patria
sin un adiós de su boca.
Que si mañana en su casa
cenar con él no la enoja
en presencia de un amigo
y de una fiel servidora,
recibirá mil doblones
por recuerdo de la honra.
Conque olvidarte procura
de que yo soy la persona
que irá a cenar, y no olvides
que el amigo será un momia,
que tú serás quien nos sirva,
y que por cuenta redonda
bien te dará cien doblones
quien la da doscientas onzas.»

Y así acabando don Juan
hasta los ojos se emboza
y parte añadiendo bajo:
«Hasta mañana a estas horas.»

Quedó la criada un punto
embebecida y absorta,
sin una idea en el alma
ni una palabra en la boca,
viendo cómo por la entrada
de una escalerilla angosta
el impetuoso don Juan
se hundía como una sombra;
que siempre aturde y fascina
la vista de una persona
que tantos doblones gana
y tan seria los derrocha.

*

En un lujoso aposento
y en derredor de una mesa
de viandas exquisitas
y ricos vinos cubierta,
sentada entre don Gonzalo
y don Juan está Sirena,
para ambos encantadora,
mas para don Juan risueña.
Es la tal una hermosura,
danzante, que apenas cuenta
veintidós años de vida,
mas en el arte maestra.
Y si va a decir lo cierto
la chica es como una perla,
y fina como un coral,
aunque hay una diferencia:
que perla y coral con arte,
con red y estación se pescan,
y aquí sucede al contrario,
pues la pescadora es ella.
Sirena la llama el vulgo,
y en verdad, que no hay sirena
ni de voz más seductora,
ni en los encantos más diestra.
Dice ella que tiene padres
en Jerez de la Frontera,
aunque esto de su pro genie
maldito lo que interesa;
porque ella es cosa lindísima
y aunque de cuerpo pequeña,
es acabada de formas,
muy delicada y esbelta.
Tiene los cabellos negros,
la tez purísima y fresca,
que puesta a distintas luces,
puede ser blanca o morena.
Manos torneadas y puras,

mirada brillante y tierna,
y dos lindos piecitos
tan menudos que, a no verla
usarlos tan fácilmente,
nadie a sus solas creyera
que todo su cuerpo en ellos
sin peligro se mantenga.
Tal es la Sirena hermosa
con quien esta noche cenar
en compañía algo libre
Alarcón y su colega;
y tales son las palabras
que en tal punto se atraviesan
entre el vapor de los vinos
y el humo de la opulencia.

SIRENA ¿Y a qué extranjero fingiros
cuando extranjero no erais?

DON JUAN Tu vanidad consultando,
porque de lejanas tierras
viniendo al son de tu fama
más fácil te envanecieras.

SIRENA ¿Y a qué fingiros tan pobre,
dueño de tantas riquezas?

DON JUAN Para probar si podían
mis particulares prendas
adquirirme lo que al cabo
me comprarán mis monedas.

SIRENA Quiere decir que de dos
mal os salió una experiencia.

DON JUAN Quiere decir que he tendido
dos redes para una cierva.

SIRENA Pero ella saltó por una.

DON JUAN Pero en otra quedó presa,
y es muy distinto, querida,
ser de una u otra manera,
pues que en la una hubo maña,
y en la otra maña y fuerza.

SIRENA Quiere decir...

DON JUAN Te equivocas,
la interpretación es ésta:
si en las redes del amor
incautamente cayera,
fuera conservada o libre
acaso por su inocencia;

pero a la fuerza rendida,
sin más azar ni defensa,
será olvidado en una hora
su precio por una torpeza.
Y ésta es la interpretación
del hecho, y la diferencia
de amor que gana y estima,
y amor que compra, usa y deja.

Ya estas palabras mordiéndose
la bailarina la lengua,
cambió de copa don Juan,
y destapó otra botella.
Hubo aquí una breve pausa
durante la cual respuesta,
con una sonrisa de ángel
al de Alarcón dijo ella:

SIRENA Buen cazador sois, don Juan.

DON JUAN Y vos excelente pieza.

SIRENA ¿Siguierais mucho la pista?

DON JUAN Hasta hallar la madriguera.

SIRENA ¿Y si era falsa la boca?

DON JUAN Yo atinara con la cierta.

SIRENA ¿Y si salir no quería?

DON JUAN Yo me pondría en espera.

SIRENA ¿Por empeño?

DON JUAN Por empeño.

SIRENA ¿Y durará?

DON JUAN Hasta cogerla.

SIRENA Figuraos, pues, que asoma.

DON JUAN Me preparo.

SIRENA ¿Y si se entrega?

DON JUAN Tiendo la mano y la cojo.

SIRENA ¿Y si muerde?

DON JUAN Norabuena;
sóbrame a mi mucha maña
y al cabo se hará doméstica.

sus cabellos se destrenzan,
radian sus ojos ardientes
luz más viva a cada vuelta.
Y cuanto del baile rápido
más los círculos estrecha,
más los mágicos hechizos
de sus perfecciones muestra;
y el velo con que sus manos
primorosamente juegan,
la variedad de sus formas
y sus encantos aumenta
y según rápidamente
le recoge o le despliega,
le anuda, enlaza y con él
o se cubre, o se rodea,
la alegoría que finge
graciosamente renueva.
Ya es una Náyade errante,
ya una Venus hechicera,
ya la Aurora fugitiva
flores derramando y perlas,
ya el Iris tornasolado
y ya la Fortuna inquieta.
Y su flotante figura
en el ambiente desecha,
confundidos sus contornos
por su rapidez aérea,
ante los ojos parece
mágica ilusión que vuela,
sobre el rumor que producen
sus vestiduras de seda
y el perfume que despiden,
a merced del aire sueltas,
cuando en los muebles pasando
ligerísimas tropiezan.
Y gira y cruza y resbala
y los sentidos no aciertan
si de ello nace su impulso
o el aire sutil la lleva.
Hasta que al fin fatigada
sobre un almohadón se sienta,
más seductora que nunca
y más que nunca halagüeña.
Y mientras don Juan de besos
y de caricias la llena,
don Gonzalo les aplaude,
trastornada la cabeza.
-Bravo -exclamó-, sólo falta
Margarita. A cuya necia
exclamación levantóse
como una tigre Sirena,
y con don Juan encarándose,
desencajada y colérica.
-¿Quién es esa Margarita?

-le dijo de rabia trémula.
Quedóse un punto don Juan,
sin acertar la imprudencia,
a componer de su amigo,
quien a carcajada suelta,
sin ver el fuego que atiza,
les añadió por respuesta:

-¡A fe que es linda muchacha!
Y ahora que se me acuerda,
pues en casa estará sola,
su compañía me peta.
Y asíó su capa esto dicho,
corroborando la idea.

-Gonzalo -exclamó don Juan-
a no mirar que la lengua
os entorpece el jerez,
ya os encontrarais sin ella.

-Pues os digo que me agrada,
y pues su merced la deja,
pido, como prenda antigua,
para tomarla licencia.

-Eso sí, si la pedís,
lleváosla norabuena;
mas cuando al fin os fastidie,
a su convento volvedla.

-¿Conque es monja? ¡Vaya un lance!
Tengo yo una hermana lega
en un convento metida
para birlarla una herencia,
y aunque en mi vida la he visto,
sólo por recuerdo de ella
lo haré como lo decís.
¿Y a qué convento?

-A Palencia,
y a las monjas de Jesús,
de donde es.

-Jesús me tenga!

-¡Calla!, ¿qué os da, don Gonzalo?

-Decidme, por vida vuestra,
don Juan, ¿cuál es su apellido?

-Cosa, don Gonzalo, es ésa
que jamás la he preguntado.
Mas ¡voto va!... ¡Lance fuera!
¿No es Bustos vuestro apellido?
-Sí.

-Pues Bustos es el de ella.

Quedó tal oyendo Bustos
inmóvil como una piedra,
y en carcajada ruidosa
rompió la infame Sirena.
Siguióla don Juan a poco,
diciendo: -¡Cosa como ella!
¿Quién demonios lo pensara?
Pero, en fin, ya es cosa hecha.

Y dobló las carcajadas
con la bailarina, mientras
de don Gonzalo se iban
coordinando las ideas.
El vapor al fin de la orgía,
disipado con la fuerza
de su deshonra, arrojóse
sobre don Juan con fiereza;
mas sentóle éste los puños
en el pecho, y con la mesa,
la lámpara y la vajilla
vino don Gonzalo a tierra.
La bailarina se puso
por medio de ellos resuelta,
diciendo a tiempo: -¡Señores,
que están en mi casa vean!
-Don Juan, a la calle vamos.
-Vamos, don Gonzalo, fuera,
que es cosa que ya no tiene
mejor compostura que ésa.
Alborotóse la casa,
hubo lágrimas y quejas,
y el aposento asaltaron
los pajes y las doncellas.
Mas don Juan les tuvo a raya,
añadiendo con firmeza:
-¡Atrás, canalla, y silencio!
Y tú, amiga, ten paciencia,
que como escape con vida,
volveré cuanto antes pueda.
-Si sois valiente, don Juan,
cuando gustéis dad la vuelta.
-Advierte que no te pido
ni consejos ni licencia,
que yo te sigo la pista
por voluntad o por fuerza.
-Pues volved sin compañía
y encerrad a la manceba.
-Ten esa lengua de víbora
y no te pases en cuenta,
que de rendirse a venderse
hay una distancia inmensa.
Y así diciendo don Juan,
tiró un bolsillo en la mesa,
y dejó el puesto, encajándose
el sombrero hasta las cejas.

- VIII -

Ya era alta noche; en el nublado oriente
próximo estaba a despuntar el día;
el viento resonaba tristemente
y áspera lluvia gotear se oía.
Y la noche pasaba,
y Margarita en soledad lloraba
la ausencia de don Juan, que no venía.
Entreabierta tenía su ventana
la enamorada niña,
con la esperanza vana
de sentirle mejor cuando volviera,
y oyendo sus pisadas desde lejos,
y alcanzándole a ver con los reflejos
de un vecino farol, presto le abriera;
y al conservado fuego se enjugara,
y los húmedos miembros arrecidos
al calor agradable restaurara.

Mas en vano a la reja
al percibir pisadas acudía;
en vano por la lóbrega calleja
los tristes ojos con afán tendía;
muchos alguna vez por ella entraban,
y unos riendo y otros disputando,
huyendo unos tal vez y otros cantando,
pasar bajo su reja los veía;
mas de ella a largos pasos se alejaban,
y con ellos don Juan nunca venía.

Hundida la infeliz en su abandono,
suspiraba de amor por quien la olvida,
por quien su amor pospone y su ternura
a una caricia sin pudor vendida
de la insolente bailarina impura.
¡Ay, pobre Margarita! Tú sentada
bajo la reja espesa
aguardas a don Juan desesperada,
de dolorosos sentimientos presa;
tu amor por él de suspirar no cesa,
¡y ojalá no volviera, desdichada!
Pero ya acelerados
pasos de alguno al fin se percibieron,
cuanto próximos más precipitados,
y más cercanos cada vez se oyeron,
y por la calle oscura
vio Margarita un hombre que se entraba,
cuya negra figura
ante su misma puerta se paraba.
«Él es», dijo bajando, y no mentía,
que era en verdad don Juan el que venía.

Él era, sí, por el cruzado embozo
asomando el semblante macilento,

con ceño torvo y fatigado aliento,
cubierta de sudor la osada frente,
y empuñando el acero refulgente
hasta el torcido gabilán sangriento.
-¡Dios mío! -dijo al verle Margarita;
mas con planta ligera
dentro él sin contestar se precipita,
y la mirada de la niña evita,
salpicando de sangre la escalera.

Subió tras él la pobre, acongojada,
y la puerta tras ella asegurando.
-Traéis sangre, don Juan -dijo aterrada.
Mas don Juan, si la oyó, siguió callando,
su roja espada ante la luz limpiando.
Mudó después de gola y de vestido,
se lavó, se enjugó y echando al fuego
el de sangre teñido,
sentóse ante la llama con sosiego,
diciendo con acento decidido:

-Margarita, a la aurora
es preciso partir.

-¿Dónde?

-Lo ignoro;

abandonar la corte por ahora
es lo esencial, no más; en esta casa
no es posible vivir.

-Pero ¿qué pasa?

-¡Oh! No es para subirse a los tejados,
no es lo que viene ni un león ni un toro;
poca cosa, señora,
teniendo libertad, audacia y oro.

-Hablad, don Juan, mi amor es infinito.
Nada es mi vida si salvar la vuestra
logro con ella. Y lo que vi me muestra
que vos necesitáis...

-¿Yo? ¡Qué locura!

Gozadla vos, que no la necesito.
Y serenad, por Dios, esa pavura
que en el rostro mostráis, porque, a fe mía,
que el asunto no es cosa, estando a punto
tan cerca el oro y tan vecino el día.
Oídmeme en dos palabras, Margarita,
y os contaré el suceso.
Ya a don Gonzalo conocías.

-Eso.

-Tenía una maldita
cabeza el tal, y la perdió esta noche;
mas bebió con exceso,
y no es extraño que perdiera el seso.

-Pero, en fin, ¿qué es el caso?,
que me tenéis violenta.

-Me habló de vos, y aunque detrás de un vaso
me lo dijo, no fue tan de mi gusto,
que al contestarle yo, por un fracaso

le entré el estoque por mitad del busto;
y el alma se le fue tan de carrera,
que el cuerpo no exhaló ni un ¡ay! siquiera.
-¿Le matasteis, don Juan?; ¡sois un malvado!
-Tal vez tengáis razón; mas, bien mirado,
como si no le mato, al fin me mata,
en matarle salí muy bien librado,
que el caso era durillo hablando en plata.
En fin, bien está así, y pues ya esclarece,
si no queréis hablar con la justicia
de lo que a don Gonzalo pertenece,
venid conmigo y adelante vamos.
-Pues que remedio no hay, don Juan, partamos.
-Pues echaos ese oro en el bolsillo.
Y vamos a buscar un par de potros,
que como en campo libre nos veamos,
maldito si da el diablo con nosotros.
Y hablando así con gravedad resuelta,
cerró el cuarto don Juan, tiró la llave.
Y en dos caballos cuyo brío sabe
tomó a Castilla, con la monja vuelta.
Al cabo de dos días de camino,
al despertar la niña una mañana
de una posada en una alcoba, vino
al ruido de su voz una villana,
y a tal punto entre dama y posadera
diálogo se entabló de esta manera:

POSADERA Dios guarde a su merced. ¡Hermoso día!

MARGARITA ¡Él os proteja, madre! ¿Tenéis hora?

POSADERA No parece que sois madrugadora.

MARGARITA Pues, ¿qué hora es?

POSADERA Es casi mediodía.

MARGARITA ¡Mediodía!

POSADERA ¿Queréis el desayuno?

MARGARITA Sí; mas hacedme la bondad primero
de decirle la hora al compañero,
que tiene el sueño a fe bien importuno.

POSADERA Pero, ¿de quién habláis?

MARGARITA Del caballero
que ocupa ese otro cuarto.

POSADERA No hay ninguno.

MARGARITA ¿Cómo no?

POSADERA El pasajero que ahí había...

MARGARITA Que vino ayer.

POSADERA Con vos.

MARGARITA Precisamente.

POSADERA Montó a caballo al despuntar el día.

MARGARITA No puede ser.

POSADERA Miradlo.

MARGARITA ¡Dios clemente,
partió sin mí!

POSADERA Yo me creí, señora,
que erais de su partida sabedora.

MARGARITA ¿Yo? ¡Justo Dios!
Y aquí de Margarita
se ahogó la voz, y sin poder ni aliento,
desplomóse en mitad del aposento.
Gritó la posadera, entró la gente,
se murmuró la historia comentada
por el curioso vulgo maldiciente,
y cuando en sí volvió la desdichada,
sólo encontró a su lado
un hidalgo, que acaso acompañado
de su mujer viajaba,
quien, viendo su hermosura, condolida
guardarla quiso la honra con la vida.
-Pobre joven -le dijo aquella dama-,
cobrad valor, no os deis tan por perdida.
¿Adónde queréis ir?

MARGARITA ¿Dónde, señora?
Saberlo me pluguiera,
yo iría solamente donde él fuera.
¿Sabéis de él?

LA DAMA ¿Quién es él?

MARGARITA Ese viajero
que salió con el alba.

LA DAMA ¿Un caballero
mozo y galán?

EL CABALLERO ¿Sobre un caballo overo?

MARGARITA El mismo, justamente.

- IX -

Aventura tradicional

¿Do irá la tórtola amante
sino tras su amor perdido?
¿Dónde irá más que a su nido
y al bosque en que le dejó?
¿Dónde irá su pensamiento
ni la llevará el destino,
si no sabe otro camino
que el solo en que se extravió?

¡Ay! ¿Dónde irá Margarita
en su ciega inexperiencia,
dónde irá sino a Palencia,
do tal vez está don Juan?
Porque, ¿quién logrará nunca,
tan descaminado intento,
que el humo no busque al viento
ni el hierro busque al imán?

Era en el fin de una tarde
de junio, seca y nublada;
de un convento en la portada
sobre el gastado escalón
una mujer se veía,
como esperando el momento
en que abrieran del convento
el entornado portón.

A través de un velo espeso,
con que el semblante cubría.
los ojos fijos tenía
con constancia pertinaz
en el balcón de una casa
situada frente por frente,
donde no asoma un viviente,
por más que mira, la faz.

Y la mujer, sin embargo,
aquel balcón contemplaba
como quien algo esperaba
que apareciera por él.
Y el balcón siempre cerrado
y solitario seguía,
y abrírsele no venía
dueña, galán ni doncel.

¿Qué hacía, pues, a tal hora
tal mujer y tiempo tanto,
mirando con tal encanto
aquel cerrado balcón?
¿Será cita? Es imposible.
No hay más que un hombre en la casa
que de años setenta pasa,
que es un don Gil de Alarcón.

¿Serán celos? ¡Qué locura!

¿Quién ni de quién los tuviera,
si por una y otra acera
la calle ocupa no más
la casa del viejo hidalgo
y de Jesús el convento?
¿Será espera? A tal intento
propio es el sitio quizás.

Mas nadie llega, y la noche
se oscurece y encapota,
y la lluvia gota a gota
pronostica el temporal,
y se oye lejos el viento,
que en ráfagas cruza errante,
y va del turbión delante
con el mensaje fatal.

Y la mujer, sin moverse
ni hacer de la lluvia caso,
del escalón no da un paso,
siempre mirando al balcón.
¿Quién es? ¿Qué busca? ¿Qué espera?
Fatídica así, ¿qué augura
su misteriosa figura?
¿Es ente real o es visión?

¡Ay, pobre amante olvidada!
¡Ay, infeliz Margarita!
¡Quién comprenderá tu cuita
ni compasión te tendrá!
Tú esperas, los tristes ojos
en ese balcón fijando,
y en vano estás aguardando
lo que al balcón no saldrá.

Tú ignoras que la hermosura
es prenda que con envidia
el Cielo dio, y con perfidia
por castigo a la mujer,
y que quien cifra sobre ella
el bien del amor ajeno,
no acierta más que veneno
en su delicia a verter.

Mas tú, infeliz, no lo sabes,
y en *él* esperas por eso,
cuando *él*, por un solo beso,
de cualquier nueva beldad,
te viera expirar de angustia
sin que le hubiera ocurrido
darte un adiós, ni aun fingido,
al pie de la eternidad.

Mas en tanto el viento arrecia,
revienta el cóncavo trueno,
y se desgaja de lleno
el espantoso turbión;
la calle se inunda en agua,
la noche cierra, y los hombres
invocan los santos nombres

con miedo en el corazón.

Margarita, amedrentada,
buscando asilo seguro,
acogióse al templo oscuro
y se amparó del altar;
y al postrarse ante él, humilde,
allá dentro de su mente
mil recuerdos de repente
empezaron a brotar.

Ella hizo aquel ramillete,
ella bordó aquella toca,
en aquella cruz su boca
puso mil besos y mil;
aquella alfombra en su tiempo
delante del coro estaba...
Toda su vida pasaba
por ella en sueño febril.

Toda, en ilusión fantástica,
su antigua y pura existencia
venía con su inocencia
su corazón a asaltar,
y dentro del pecho cándido
ir saliendo le sentía
de la penosa agonía
de su roedor pesar.

Y según bellos recuerdos
poco a poco iba encontrando,
poco a poco iba olvidando
la belleza de don Juan;
hasta que en santa tristeza
su alma inocente embebida,
suspiró por otra vida
sin bullicio y sin afán.

La soledad de su celda,
el rumor santo y sonoro
de sus rezos en el coro,
y la paz de su jardín,
el consuelo de una vida
con Dios a solas pasada,
de amor y mundo apartada,
que son delirios al fin.

Todo en tropel presentóse
a sus ojos tan risueño,
tan sabroso y halagüeño,
tan casto y tan seductor,
que en llanto de fe bañada
dijo: «¡Ay de mí! ¿Quién pudiera
volverme a mi vida austera
y a otro porvenir mejor?»

En esto, allá por el fondo
de una solitaria nave,
con paso tranquilo y grave
vio Margarita venir
una santa religiosa,

cuyo rostro no veía
por una luz que traía
para ver por donde ir.

Temiendo que al acercarse
tal vez la reconociera,
en su manto de manera
Margarita se envolvió,
que, aunque de la monja incógnita
los pasos cerca sentía,
ella apenas la veía
hasta que ante ella llegó.

Pasó a su lado en silencio,
y Margarita, al mirarla,
extrañó no recordarla
ni su faz reconocer.
«Será novicia -se dijo-
Habrá al convento llegado
desde que yo le he dejado;
no puede otra cosa ser.»

La monja, en tanto, seguía
los altares arreglando,
y la seguía mirando
Margarita por detrás;
y hallaba en todo su cuerpo
un no sé qué de extrañeza,
que aumentaba su belleza
cuando la miraba más.

Había cierto aire diáfano,
cierta luz en sus contornos,
que quedaba en los adornos
que tocaba por doquier;
de modo que en breve tiempo
que anduvo por los altares,
viéronse en ellos millares
de luces resplandecer.

Pero con fulgor tan puro,
tan fosfórico y tan tenue,
que el templo seguía oscuro
y en silencio y soledad;
sólo de la monja en torno
se notaba vaporosa,
teñida de azul y rosa,
una extraña claridad.

Llegaba hasta Margarita,
a pesar de la distancia,
de las flores la fragancia
que ponía en el altar.
Y o un inefable sueño
la embargaba los sentidos,
o escuchaban sus oídos
música lejos sonar.

Y aquel concierto invisible
y aquel olor de las flores,
y aquellos mil resplandores

la embriagaban de placer;
mas todo pasaba en ella
tranquila y naturalmente
cambiándola interiormente,
regenerando su ser.

Olvidó la hermosa niña
sus pasadas amarguras,
sintió en sí castas y puras
mil intenciones bullir,
mil imágenes de dicha,
de soledad y de calma,
que pintaron en su alma
venturoso un porvenir.

Su vida era en aquel punto
un éxtasis delicioso,
era un sueño luminoso,
un delirio celestial;
un dulce anonadamiento
en que nada la oprimía,
y en donde nada sentía
profano ni terrenal.

Sólo quedaba en el alma
de Margarita un intento,
un impulso, un sentimiento
hacia la monja, de amor,
que a su pesar la arrastraba
a contemplarla y seguirla,
a distraerla y pedirle
consuelos a su dolor.

Pues siente que es, Margarita,
un talismán su presencia
necesario a su existencia
desde aquel instante ya;
y su recuerdo divino
es a su dolor secreto,
un misterioso amuleto
que fe y religión la da.

Y en ella fijos con ansia
los ojos y el pensamiento,
la gloria por un momento
en su delirio gozó,
mientras aquella divina
aparición deliciosa
de la bella religiosa
ante su vista duró.

Tomó al fin su luz la monja
y por la iglesia cruzando
pasó a su lado rozando
con sus ropas al pasar,

Y sin poder Margarita
resistir su oculto encanto,
asióla al pasar del manto,
mas sin fuerzas para hablar.

-¿Qué me queréis -con acento

dulcísimo preguntóla
la monja.

-¿Me dejáis sola

-dijo Margarita- así?

-Si no tenéis más amparo

-contestó la religiosa-

en noche tan borrascosa,

venid al claustro tras mí.

-¡Oh, imposible!

-Si os importa

hablar con alguna hermana,

volved, si gustáis, mañana.

-Yo hablara...

-¿Con quién?

-Con vos.

-Decid, pues.

-No sé qué empacho...

La voz al hablar me quita...

-¿Cómo os llamáis?

-Margarita.

-¡El mismo nombre las dos!

¿Así os llamáis?

-Sí, señora,

y en otro tiempo yo era...

-¿Qué oficio tenéis?

-Tornera.

-¡Tornera! ¿Cuánto tiempo ha?

-Cerca de un año.

-¡De un año!

Diez llevo en este convento,

y en este mismo momento

cumpliendo el décimo está.

*

Quedó Margarita atónita

su misma historia escuchando,

y el tiempo a solas contando

que oyó a la monja marcar.

Su mismo nombre tenía,

y su misma edad, y era

como ella un año tornera,

y diez monja... ¿Qué pensar?

Alzó los ojos por último

Margarita a su semblante,

y de sí misma delante,

asombrada se encontró;

que aquella ante quien estaba,

su mismo rostro llevaba,

y era ella misma... o su imagen

que en el convento quedó.

*

Cayó en tierra de hinojos Margarita,

sin voluntad, ni voz, ni movimiento,

prensado el corazón y el pensamiento

bajo el pie de la santa aparición;

y así quedó, la frente sobre el polvo,
hasta que el eco de la voz sagrada
a el alma permitió purificada
ocupar otra vez su corazón.

Entonces envolviéndola en su manto,
su cabeza cubriendo con su toca,
el dulce acento de su dulce boca
dijo a la absorta Margarita así:

«TE ACOGISTE AL HUIR BAJO MI AMPARO
Y NO TE ABANDONÉ: VE TODAVÍA
ANTE MI ALTAR ARDIENDO TU BUJÍA:
YO OCUPÉ TU LUGAR, PIENSA TÚ EN MÍ.»

Y a estas palabras retumbando el trueno,
y rápido el relámpago brillando,
del aire puro en el azul sereno
se elevó la magnífica visión.
La Reina de los ángeles llevada
en sus brazos purísimos huía,
y a Margarita huyendo sonreía,
que adoraba su santa aparición.

Sumióse al fin del aire transparente
en la infinita y diáfana distancia,
dejando en pos suavísima fragancia
y rastro de impalpable claridad;
y al volver a su celda Margarita,
volviendo a sus afanes de tornera,
tendió los ojos por la limpia esfera
y no halló ni visión, ni tempestad.

Corrió a su amado altar, se hincó a adorarle,
y al vital resplandor de su bujía
aún encontró la imagen de María,
y sus flores aún sin marchitar,
y a sus pies despidiéndose del mundo
que en vano su alma devorar espera,
vivió en paz MARGARITA LA TORNERA,
sin más mundo que el torno y el altar.

APÉNDICE A MARGARITA LA TORNERA

Fin de la historia de don Juan y de Sirena la bailarina

- I -

A deshora de una noche,
y a la entrada de una calle,
nublada y oscura aquélla,
ésta solitaria y grande,
aquélla escasa de luces,
y ésta escasa de habitantes,
pues que sólo entre un convento
y un caserón viejo se abre,
venía sobre un caballo
un hombre, que a tientas sabe,
sin duda, el sitio que pisa,
pues va sin ver adelante.
Anduvo cincuenta pasos,
y del caballo apeándose,
dio en la puerta dos seguidas
aldabadas formidables.
Sonaron primero en ella,
después en las cavidades
de lo interior retumbaron,
y al fin las devoró el aire.
Pasaron tras de los golpes
de silencio unos instantes,
hasta que de una ventana
se alumbraron los cristales.
Apareció detrás de ellos
una sombra vacilante,
al reflejo de una luz,
y tras esto, desdoblándose
las dos hojas de los vidrios,
con acento lamentable
dijo una vieja: -¿Quién llama?
Y el que llamó dijo: -¡Abre!
-¿Qué queréis?

-Abre, demonio,
¿no me conoces? Que baje
Damián por este caballo.
-¡Él es! ¡Jesucristo, valme!
Dijo la mujer en lo alto,
y la ventana cerrándose
abrióse al punto la puerta,
y a oscuras quedó la calle.

*

En una apartada alcoba
de su casa de Palencia,

sin otro mal ni dolencia
que el exceso de su edad,
don Gil de Alarcón, a solas
con su confesor, espera
su cercana hora postrera
con calma y serenidad.

Hombre sin vicios que roen
la vida y la menoscaban,
los días sólo le acaban
que ya han pasado por él.
Que es el tiempo una carcoma
que todo a traición lo mina,
y con mano igual arruina
la cabaña y el dosel.

Y aunque en paz con su conciencia
muere don Gil, buen cristiano,
aún hay un recuerdo humano
que le angustia el corazón;
hay una idea rebelde
con fuerza a su mente asida
que lucha, no con su vida,
mas sí con su religión.

Un hijo, ¡ay Dios!, que tenía,
por quien se afanó viviendo,
y por quien llora muriendo
y que lejos de él está;
y al Dios en quien cree suplica
que por piedad le conceda
un punto en que verle pueda
por la vez postrera ya.

El pobre padre, impelido
por su amor y sus virtudes,
las negras ingratitudes,
olvida de su don Juan,
y darle el último abrazo,
darle el último consejo
es no más del pobre viejo
el acongojado afán.

-Padre -al confesor decía-,
padre, me acosa una idea.

-¿Cuál es?

-Que mi hijo me crea
con él airado al morir.

Nunca otro fin me propuse
que su bien y su fortuna,
¡mas no hay esperanza alguna
en que poder consentir!

En busca de los deleites,
mozo a los deleites dado,
él se partió de mi lado
y acaso teme volver.
Acaso teme el enojo
de su padre, que le adora.
¡Ay Dios!, en la última hora,

¿qué puede de mí temer?

Sólo quisiera, os lo juro,
en este trance tremendo,
poder echarle muriendo
mi paternal bendición.
No hay locura que no olvide,
dolor que no le perdone,
ni recuerdo de él que encone
la ira en mi corazón.

*

Así decía el buen viejo,
de su don Juan acordándose,
cuando don Juan arrojándose
en sus brazos exclamó:

-Ya estoy aquí, padre mío,
ya estoy ante vos de hinojos,
tornadme, padre, los ojos,
o muero de angustia yo.

Y ambos a dos tiernamente
padre e hijo se abrazaban,
y ambos a dos sollozaban...
¡Cosa triste de mirar!
Lloraba el padre de gozo,
lloraba el hijo de duelo,
el dolor con el consuelo
los dos gustando a la par.

Perdón le pedía el hijo,
y le estrechaba asintiendo
el viejo, que al fin, cayendo
sin fuerzas le dijo así:

-Hijo, levanta y escucha
mis postrimeros acentos
que tengo pocos momentos
para disponer de mí.

Sentóse a su lado el hijo,
y a solas los dos quedando,
así el padre siguió hablando,
a su fin próximo ya:

-Juan, voy a darte mi última
prueba de amor, y quisiera
que esta voluntad fuera
bien cumplida.

-Lo será.

-Tuyo es cuanto yo poseo,
sin más condición que una,
y Dios, Juan, te dé fortuna
para gozarlo sin mí.

¿Me juras obedecerme?

Responde, Juan, porque siento
que se me arranca el aliento.

¿La cumplirás?

-Padre, sí.

¡Por cielo y tierra os lo juro!

-Pues bien: junto a Torquemada,

en tu herencia vinculada
una casita hallarás,
cercada de un huertecillo
allí, Juan, mi cuerpo entierra,
y esta casa y esta tierra,
Juan, no la vendas jamás.

Si algún día (y nunca llegue)
tus dispendiosas locuras,
o imprevistas desventuras,
te roban cuanto te doy,
ven a mi tumba escondida,
que en mi sepulcro al postrarte
mi sombra saldrá a ayudarte...
¡Y adiós, Juan, que a morir voy!

-¡Padre!

-Adiós, Juan, hijo mío,
siento que estoy expirando,
adiós..., y haz lo que te mando,
porque Dios te ayudará.

Y esto dicho, inclinó el padre
hacia su hijo la cabeza.

Y él la besó con terneza...,
pero no existía ya.

Tornóse desde este punto
aquel oculto aposento
solitario monumento
de un justo que en paz murió;
huyóse el alma a los cielos,
y el vivo que allí quedaba
al Dios se la encomendaba
que ante su Ser la llamó.

Y ya próximo al ocaso
el sol del día siguiente,
turba enlutada de gente
se vio a Palencia volver,
y tras de todos un hombre
que en pie, en mitad del camino,
quedó el lugar por do vino
estudiando al parecer.

Cerró la noche, y la sombra
su denso manto tendiendo
y a su mirada impidiendo
la distancia penetrar,
apartar le hizo la vista
de lo que estaba mirando,
y las espaldas tornando
viósele en Palencia entrar.

Mas todos, desde aquel día
al campo este hombre salía,
y del campo se volvía
poco antes de oscurecer,
y ante las puertas llegando,
los ojos atrás tornando,
quedábase atrás mirando
mientras alcanzaba a ver.

- II -

Todo en la Tierra pasa,
todo muere, se extingue o se deshace;
el duelo y el placer tienen su tasa
del hombre breve en la existencia escasa,
flor que se agosta con el sol que nace.

Queda el dolor un día
dentro del corazón más amoroso
en lenta y profundísima agonía,
pero calma el dolor más riguroso
y el que más implacable parecía.

Que así va nuestra vida
caminando entre gustos y dolores,
como fuente silvestre que escondida,
por el sombrío bosque, va perdida
zarzas bañando y campesinas flores.

Así don Juan, con la memoria triste
del cariñoso padre acongojado,
vivió con su memoria
en soledad un tiempo retirado,
en jornada diaria
visitando su tumba solitaria.
Mas sintiendo ceder su amargo duelo
y el alma serenarse cada día,
volvió a la sociedad, y halló consuelo
en lo que un tiempo su placer tenía;
y el consuelo por puntos aumentando
se iba por puntos en placer tornando.
De su dolor testigos,
con respetuosas chanzas y caricias
a cercarle volvieron sus amigos,
y se iba a su presencia despertando
su corazón sediento de delicias.
Volvió a reír don Juan, volvió a sus ojos
la viva luz del gozo y la esperanza,
volvió la soledad a darle enojos
y su opulencia le tornó a la holganza.
Sus administradores
cuentas a darle con afán vinieron
de la herencia feraz de sus mayores,
y a sus ojos pusieron
sus pingües rentas, por don Gil dobladas
con mil cuidados y con mil sudores.
Tendió don Juan los ojos satisfechos
por el risueño porvenir, y el mundo
halló tal vez con límites estrechos
a su deseo libre y vagabundo.
«¿De qué me sirve -dijo- esta opulencia,
estos montones escondidos de oro,
si en la oscura y pobrísima Palencia
no me sirve de nada mi tesoro?»

¿He de gastar en mantas mis doblones,
o he de hacer de continuo a mis queridas
regalos de peludos bayetones?
¡Quedaran, vive Dios, agradecidas!
Murió mi padre, ¡duéleme a fe mía!,
pero no es menos cierto
que yo también me moriré algún día;
y si la vida a divertir no acierto,
comprando mi placer con mi riqueza,
¿no se aprovechará de mi torpeza
otro más listo cuando me haya muerto?
¡Adelante, don Juan, viven los cielos!
Menos dicen que son con pan los duelos.
No pasemos la vida
en llorar como imbéciles mujeres;
la riqueza gocemos adquirida,
y hagamos amistad con los placeres.»
Y aquí don Juan, soltando de repente
ruidosa carcajada,
que sin duda excitada
fue por recuerdo que acudió a su mente,
siguió diciendo: «Y en verdad que ahora
pillaré descuidada
a mi antigua Sirena encantadora.
Vaya, vaya, don Juan, duelos aparte
y vamos a Madrid, donde a esperarte
saldrá, sin duda alguna,
con los brazos abiertos la fortuna.
¡Madrid, sitio a propósito
para amorosos y reñidos lances,
de petardos y cábalas depósito;
y tela de aventuras y percances!
Vámonos a Madrid, es un capricho;
mas mi padre perdone
que a Palencia, heredándole, abandone,
que Madrid es mi patria, y está dicho,
Damián, en este punto
los caballos ensilla,
y el claro sol al despuntar mañana
que fuera nos encuentre de Castilla.»
¿Qué distancia en don Juan menester era
para obrar y pensar de una manera?
Todo era en él lo mismo. En un momento
arregló sus negocios
conforme al concebido pensamiento,
y a las diez poco más de una mañana
salió sobre una yegua jerezana
más ligera que el viento,
y tres días después desde la altura
del cano Guadarrama
de Madrid contemplaba la llanura,
donde sus nieves pródiga derrama.

- III -

Aventuras de noche y día

En aquel mismo aposento
de la casa de Sirena
en que trabó don Gonzalo
con don Juan una pendencia,
tienen ahora trabada
plática amorosa y tierna
la ambiciosa bailarina
y don Lope de Aguilera.
Ya sabes, lector discreto,
de muy atrás quién es ella,
voy, pues, a darte noticias
del galán que hoy la corteja.
Es don Lope un mozo ilustre,
a quien de la edad más tierna
sus padres en Salamanca
dedicaron a las letras.
Aplicóse él de tal modo,
o lo hizo de tal manera,
que se plantó la golilla
de años veinte y dos apenas.
La curia escandalizóse
de tan imberbe colega,
teniendo a menos el lado
con justísima vergüenza.
Murmuraron los doctores,
y alborotóse la Audiencia;
mas él les tapó la boca
con su suerte y sus riquezas.
Presentóse el noble mozo
con impávida insolencia
al Tribunal, despachando
sus negocios con franqueza;
y sus vuelillos de encaje,
y sus hebillas con perlas,
y sus pajes ataviados
con magníficas libreas,
apagaron los murmullos
e hicieron al fin domésticas
las voluntades agrestes
de la turba descontenta.
Tornóse el ceño en sonrisa,
en cortesía la befa,
en rendimiento el desdén
y la repulsa en ofertas.
Y, en fin, el poder que el mozo
tener en la corte muestra
cambió en baja adulación
la ojeriza golillesca;
mas él, después de humillarlos,

dioles no más por respuesta
de alcalde de casa y corte
la que recibió real cédula.
Pues rico en merecimientos,
con tamañas excelencias
obtuvo o compró una toga
y grande fama con ella.
Diose con brío a las leyes,
y aunque legislaba a tientas,
dio brujas al Santo Oficio
y vagos a las galeras.
Diole además la manía
para adquirir pronta y buena
fama en la corte, de hacer
en las mozas una leva.
Echó, pues, infatigable
tras damas de vida incierta,
que tienen por mayorazgos
lo que de vivos heredan;
para lo cual de alguaciles
tenía en campaña puesta
multiplicada falange
en tales ojeos diestra.

Mas aunque asaz blasonaba
de rectitud justiciera,
y andaba en continuo acecho
con astuta diligencia,
del vulgo siempre maligno
murmuraban malas lenguas
que dejaba las bonitas
y desterraba las feas.
Mas esto alababan otros,
exponiendo en su defensa
que así atendía celoso
de la corte a la belleza.
Y andaba en esto muy justo,
pues la hermosura completa
cuanto hay necesario y útil
en esta vida terrena.
¡Pero lo que son las cosas
de mezquindad y de tierra!
La que más firme parece,
por fragilidad se quiebra.
Este don Lope, que espanto
de las cortesanas era,
su oro gastaba en secreto
pródigamente con ellas,
y a pesar de su faz torva,
de su voz ronca y severa,
y de su amor a las leyes
y timorata conciencia,
se le bailaban los ojos
al dar con una mozuela
morenilla y vivaracha,

desenfadada y resuelta;
y como hiciese su encuentro
por alguna callejuela
excusada y solitaria,
fingiéndose tomar las señas
de cualquier casa, tendía
por el embozo tras ella
los encandilados ojos,
¡y qué cintura!, ¡qué pierna!
¡Qué rizo tan bien tirado
alrededor de la oreja!...
¡Qué de perfecciones lindas
en la visión pasajera!
Mas no eran todas las gracias
del joven golilla éstas:
había otra que era en él
costumbre y pasión violenta.
Un vicio que conservaba
allá de su edad primera,
debilidad ya de antiguo
a la noble gente añeja.
Que era el amor desmedido
a las damas de comedia,
y en su falta a las graciosas,
además de las boleras.
Porque siempre apetecemos
lo que más lejos se muestra,
lo que menos encontramos
que a nosotros se asemeja,
lo de que entendemos menos:
costumbre o naturaleza.
Por lo que vemos continuo
conjunciones tan diversas,
y voluntades tan locas
por las cosas más opuestas,
como enanos por caballos,
y robustos por recetas,
y jorobadas por bailes,
y los pobres por apuestas,
y duques por bailarinas,
y por payasos, duquesas.
Que hay quien gusta de unas caras
barnizadas como puertas,
y a merced del albayalde
hechas blancas de morenas,
y de unos ojos que brillan
bajo dos postizas cejas,
y de unos ahuecadores
convertidos en caderas,
y de unos rizos espesos
añadidos con destreza,
y de un punto de que el sastre
forma pechos, brazos, piernas
y cinturas a su gusto

y al de la flaca o la gruesa,
y da académicas formas
a gente de alambres hecha.
¡Qué diablos!; cada cual halla
donde quiere la belleza
y todo es farsa en el mundo,
como dice la comedia.
Y si a don Lope esto agrada
¿a quién su gusto interesa?
Al cabo con ellas anda
trastornada la cabeza.
¡Qué pie tiene la Felisa!
¡Qué mirada la Lucrecia!
¡Qué movimientos Aurora!
¡Y qué voz la Berenguela!
Pero sobre todas, Diana,
y sobre Diana, Sirena.
¡Qué gracia en la pantomima!
¡Qué rapidez en las vueltas!
¡Y qué garganta!, ¡y qué todo!
Desde el momento de verla,
con la vara y la golilla
el buen don Lope dio en tierra.
¡Y qué diablos hay que hacer!;
somos hijos de flaqueza,
las tentaciones son graves,
y son cortas nuestras fuerzas.
Cerró don Lope los ojos,
y tomadas sus secretas
medidas, abrió sus arcas
a la danzante hechicera,
cruzáronse para el caso
dos virtuosísimas dueñas,
corredoras de placeres
y lebreles de monedas.
Y, en fin, por pasos contados,
y por doblones sin cuenta,
llegó el juez hasta las plantas
de la bailarina bella,
tanto más, cuanto que a ser
la cosa de otra manera,
hubiera bailado un solo
con música de la Empresa,
pues los golillas de entonces,
en un dos por tres pudieran
hacer de un corchete un santo,
y un testigo de una piedra.
En tal estado se hallaban
los asuntos de Sirena
con don Lope, él visitándola
y recibéndole ella,
cuando una noche, a deshora
y estando en sobrecena
cruzándose las sonrisas

por detrás de las botellas,
en el más dulce coloquio,
del aposento la puerta
se abrió repentinamente,
y entróse don Juan por ella.
Y diciendo: «Buenas noches,
señores», y echando a tierra
capa y chambergo, sentóse
sin ceremonia a la mesa.
Quedaron los tres mirándose,
descolorida Sirena,
don Juan con franco descaro
y receloso Aguilera.
Así estuvieron un punto,
y sin comprender apenas
don Lope y la bailarina
del de Alarcón la presencia,
hasta que una carcajada
de éste, a todo trapo suelta,
cambió del todo por último
la situación de la escena.
Cesó de reír don Juan,
y dijo de esta manera,
cada cual dando a su tiempo
a sus palabras respuesta:

DON JUAN

Sepamos con quién se habla,
señor hidalgo. En Palencia
soy yo don Juan de Alarcón.
¿Quién sois vos en esta tierra?

DON LOPE

Ya hidalgo me habéis llamado.

DON JUAN

No tengo aún más que sospechas
de que sois tal por el traje
y vuestra barba de a tercia;
mas no es ésa la pregunta:
alrededor de esta mesa,
¿qué nombre usa su merced,
sea en otra parte quien sea?
Mas veo que os recatáis
y os haré la delantera,
que es bien que antes os entere
de lo que acontece. Sepa,
pues, señor mío, que asuntos
de mi familia y hacienda
me obligaron de esta casa
a hacer una corta ausencia.
Ahora bien, sin más rodeos,
pues veis que he dado la vuelta,
el caso es que aquí sobra uno.
¿Quién, pues, se va, y quién se queda?
Si es que compráis, declaremos
nuestra posesión en venta;

si lo debéis a la suerte,
la suerte entre ambos resuelva,
y o al que le toque la pierda,
o quien dé más se la lleva,
o de quererla los dos,
espada en mano y afuera.
Elegid.

El juez que en tanto
todas sus razones pesa
y en todo evento prefiere
no dar razón de quien sea,
dijo: -Convengo en tirarlo
al azar.

-En hora buena.
Y echando don Juan al punto
la mano a las faldriquetas,
dijo al sacarla: -Veamos,
yo dejo el puesto si acierta.
¿Hay pares o nones?

-Pares.
-Contad, pues, esas monedas.
Y echó don Juan en un plato
nueve onzas en nueve piezas.
-Perdí -dijo el juez, y el otro
que adivina lo que piensa,
díjole: -Meted espadas,
si los oros no os contentan.

-A poder en este instante,
¡juro a Dios que las metiera!
-¿Qué inconveniente tenéis?
Declaradlo con franqueza,
que aunque siempre estoy a punto
de empezar una quimera,
cuando me señalan plazo,
ninguno me mete priesa.

Miróle el juez de soslayo,
y por bajo de las cejas
chispeándole los ojos,
tomó a espacio la escalera.
Oyéronse sus pisadas
irse alejando por ella,
y oyóse alzar la aldaba
y el golpe que dio en la puerta.

SIRENA Señor don Juan, ¿qué habéis hecho?
Todo lo habemos perdido.

DON JUAN ¿Pues quién es? ¿Es tu marido?

SIRENA No.

DON JUAN Pues justo es mi derecho.
Ya viste que le propuse
para adquirirse tu amor,

azar, dinero y valor:
no hay, pues, de qué se me acuse.

SIRENA ¡Ay, don Juan, que lleva ese hombre
la intención más depravada!

DON JUAN ¿Acaso estoy sin espada?

SIRENA Cuando yo os diga su nombre
temblaréis.

DON JUAN ¿Su nombre acaso
es un volcán o una mina,
que está ardiendo a la sordina
y esperando nuestro paso?

SIRENA Ese hombre a quien provocáis
es el alcalde Aguilera.

DON JUAN No me parece una fiera.

SIRENA ¡Ay de vos si con él dais!

DON JUAN ¡Y ay dé! si conmigo da!
Mas niñerías aparte,
puesto que vuelvo a encontrarte,
di, niña, ¿cómo te va?
-Bien, ¿y a vos?

-Famosamente.

-¿Y Margarita?

-No sé,

¡vive Cristo!, ni quién fue
la tal mujer.

-Bravamente.

¿Y don Gonzalo?

-¡Buen lance

el suyo, ¡y qué bien riñó!
Mas para otro mundo echó,
y ya el diablo que le alcance.

-¿Le matasteis?

-¿Y qué hacer?

Se empeñó en hallar venganza
a causa sin esperanza.

¡Qué había de suceder!

-¡Pobre muchacho!

-¡Eh!, dejemos

en paz a quien ya no existe,
y que no llegue lo triste,
Sirena a tales extremos.

¿Que te importa don Gonzalo?

Mientras yo contigo esté,
páreceme, por mi fe,

que no va el mundo tan malo.

Bebe, y levanta esos ojos

a la luz de la bujía,
volvamos a nuestra orgía,
y... echemos estos cerrojos
por si acaso.

Y esto hablando
don Juan, cerró bien las puertas,
llenó su vaso, y... no pudo
más alcanzarse de afuera.
Porque sin duda cansado
del viaje, abrevió la cena,
y en brazos cayó del sueño
tras de poca resistencia.

*

Apenas las nueve daban
de la mañana siguiente,
y don Juan con la Sirena
en pláticas bien alegres,
concluido el desayuno,
estaban entreteniéndose,
cuando interrumpió su gozo
inesperado accidente.

Pálida y despavorida
llegó la doncella Irene
diciendo: -Señor, salvaos!
-¿Qué dices, loca?

-Que vienen
a prenderos.

-¿A mí?

-A vos.

Y os acusan de una muerte
hecha en esta misma calle.
-Sirena, ¿qué enredo es éste?
-¡Ay!, ¡huid, don Juan, huid!
Y no extrañéis que os recuerde
la muerte de don Gonzalo.
-¡Vive Dios!

-Ved que quien quiere
prenderos es Aguilera.

-¿Él, ¡por vida mía!, ¡que entre!

-Ved que son muchos.

-No importa

-Por Dios, don Juan.

-¡Bah!, tenerse
siempre a mi espalda y dejarlos.

Y asiendo bizarramente
su larga espada don Juan,
a abrirles la puerta fuese.
Presentóse en ella al punto
don Lope con sus lebreles,
y grande acompañamiento
de curiosos y de gentes;
y en sus miradas de triunfo
bien claro don Juan advierte
el poder que la venganza

dentro de su pecho ejerce.
Pero no es hombre don Juan
que a nadie en orgullo cede,
y así, con desdén altivo
aguarda a que el juez empiece;
el cual con sonrisa doble,
que hartos a burla se parece,
de esta manera le dice,
y don Juan a él de esta suerte:
-¿Quién es don Juan de Alarcón?
-Yo soy, buen hombre, ¿qué quiere?
-Que se dé al rey.

-¿Con qué causa?

-Hoy su Majestad pretende
que en un sillón duradero
en su presencia se siente.
-Pues dale al rey muchas gracias,
que yo no quiero de reyes
mas que los bustos que corren
en sus monedas.

-No intente,
señor galán, resistirse,
que en sangre teñidas tiene
las manos, y de un tal Bustos
he sido yo algo pariente.
-¡Hola! ¿Sabéis esa historia,
y esa sangre os pertenece?
Pues no intentéis, señor golilla,
que con la vuestra se mezcle,
porque quien vertió la una
a verter otra se atreve.
-¡Ea, mancebo, ya basta!
¡Espada y persona entregue,
o vive Dios!...

-Norabuena,
por ella quien guste llegue,
que por el puño la tengo.
-Pues a él, ministros, prendedle.
-Pues, señor juez, adelante,
y salga lo que saliere.

Así diciendo don Juan
con la cuadrilla arremete,
sentando en ella sin tino
estocadas y reveses.
En vano se le antepone
densa nube de corchetes,
de escribanos y testigos,
él tira siempre de frente,
y en dos minutos despeja
de bultos el gabinete,
y huye espantada la turba,
al rey invocando siempre.
Desmayóse la Sirena,
rompió en clamores la Irene,

y en un momento en la calle
se arremolinó la gente.
Rejas y balcones se abren
al ruido, y todos haciéndose
pregunta sobre pregunta,
mas todos sin entenderse;
quién huye despavorido
sin saber de lo que teme,
quién oye estúpido y mira,
quién bravea sin moverse,
desde la calle entretanto,
que nada ve ni comprende.
Ayes y votos se escuchan,
estoques por alto vense,
y bocas abiertas dando
órdenes que nadie atiende.
Miran todos a la casa
por fuera de las paredes,
como si a través pudieran
ver lo que dentro sucede,
y el dintel los alguaciles
a pasar sin atreverse,
se desgañitan de miedo,
y al auditorio ensordecen.

Al fin por sobre el gentío
viéronse llegar jinetes,
atropellando la turba
y armados hasta los dientes.
Doblaron los alguaciles
sus roncadas voces al verles,
y oyéronse maldiciones
de la magullada plebe.
Y en tanto en una antesala
don Juan esgrime y revuelve
contra tres que cara le hacen,
con el juez que se defiende
pues insultado Aguilera
por él, y mofado al verse,
tiró el bastón y echó mano
al estoque bravamente.
Mas es muy diestro don Juan,
y en tal posición se tiene,
que espada y daga empuñando
de tal modo les ofende,
que no desperdicia un golpe
ni un pie de terreno pierde.
Da, cía, para, se cubre,
amaga, recibe, vuelve,
al uno tira de punta,
al otro a revés le hiere,
y al fin con un doble amago
al de Aguilera sorprende,
y en la tetilla derecha
honda estocada le mete.

Cayó don Lope, y los otros
que por él lidian, al verle
doblaron contra don Juan
con rabia, aunque inútil siempre.
Pues él, que ve su venganza
cumplida, y abajo siente
caballos, tal les acosa,
que al uno le desguarnece,
derriba al de la derecha,
y sobre el tercero llueve
tal tropel de cintarazos,
y con voz tan insolente
les insulta y les confunde,
que aturdidos los pobretes
huyeron al fin mohínos
y zurrados malamente.
Entonces don Juan, que nunca
su peligro desatiende
ni pierde el tino su ira,
con mano asaz diligente
cerró las puertas, y astuto
buscó balcón que cayese
a otra calle, y por las rejas
descolgóse osadamente.
Gritó un hombre que pasaba,
pero no pudo dos veces.
Porque don Juan, levantándose,
tendióle de un golpe inerme.
Miró y eligió camino,
se embozó bien, y metiéndose
por una calle excusada,
para su posada fuese.
Tomó el caballo en que vino,
salió de Toledo al puente
y echó a escape, encomendándose
a su brío y a su suerte.
Echó la justicia mano
de Sirena y de la gente
que halló en su casa; crecieron
los procesos como peste,
y concluyóse la causa
al concluir nueve meses,
y en ella los que quedaron
pagaron por los ausentes.
Del juez y de don Gonzalo
las averiguadas muertes
en una sola sentencia
se vengaron de esta suerte:
condenóse allí a don Juan
a morir, si se le hubiere;
mas nadie pensó en buscarle,
como continuo acontece.
A Sirena por diez años
a reclusión, y por siete

a la criada, mandando
que al de Aguilera lo entierren.
Conque *se salva quien corre.*
Y acierta quien se defiende:
y está visto, *la fortuna*
sólo ayuda a los valientes.

*

Hundía el sol su disco refulgente
tras la llanura azul del mar tranquilo,
dando sitio a la noche, que imprudente
presta con sus tinieblas igualmente
al crimen manto y al dolor asilo.

Y allá en ocaso al expirar el día
con su postrera luz reverberaba,
y del inquieto mar se despedía,
y de la tierra que a lo lejos vía
que de las sombras en poder quedaba.

Alcanzábase a Cádiz la opulenta
blanqueando débilmente entre la bruma,
sentada a flor del agua turbulenta,
como queda después de la tormenta
témpano errante de perdida espuma.

Y aún se podían distinguir apenas
los altos y movibles masteleros
por cima y en redor de sus almenas,
y en alas de las ráfagas serenas
la voz de los cansados marineros.

Mas no bien al crepúsculo indeciso,
tragó la luz de la amarilla luna,
cuando en cóncavo son tronó imprevisto
cañonazo de leva, ronco aviso
de nave que invocaba a la fortuna.

Lanzóse una a la mar, y a toda vela,
abandonando el puerto prontamente,
a par del viento favorable vuela,
y a la luz clara que en la mar riela,
se la mira bogar tranquilamente.

*

A Italia va. Dichosos los que aguardan
a su playa feliz llegar en ella,
y el tiempo cuentan que en mirarse tardan
bajo el benigno sol de Italia bella.

A Italia va, país de los placeres,
encantado vergel rico de flores,
vivienda de hermosísimas mujeres,
patria feraz del genio y los amores.

A Italia va don Juan, ¿adónde iría
el osado y amante pendenciero?
¿A prolongar su interminable orgía
y a gastar su existencia y su dinero?

A Italia, sí, porque en Italia mora
el amor, la molicie y la pereza;
a Italia, sí, donde el placer se adora,
altares levantando a la belleza.

A Italia va don Juan. ¡Cuánta esperanza,
cuánta ilusión de amor y de ventura
lleva en su corazón, que nunca alcanza
fin a la dicha ni al placer hartura!

Atrás queda y burlada la justicia,
atrás los muertos que dejó lidiando,
mas la suerte con él marcha propicia,
cabo feliz a cuanto emprende dando.

Sirena, Margarita, ¿quiénes fueron?
Ya sus nombres le son desconocidos;
su amor y sus encantos se perdieron
un momento después de conseguidos.

A Italia va don Juan. La España toda
llena tras él de sus memorias queda;
sólo volver a España le acomoda
cuando amar, ni reñir. ni gozar pueda.

«Mientras es joven -dice-, mientras lleve
deseo el corazón y oro el bolsillo,
lanzarse el hombre a los deleites debe
del sol de su fortuna al falso brillo.

El placer es mi Dios; mi alma desea
para sólo gozar larga la vida;
cuando sin oro y sin placer la vea,
como una inútil prenda envejecida,
con una estoica calma indiferente
despojaréme de ella, convencido
de que al que un aura de placer no aliente,
le debe de bastar lo que ha vivido.»

Tal es don Juan, y tal el pensamiento
que a la risueña Italia le conduce;
reñir, amar, beber, he aquí su intento;
gozar sólo es vivir, de ello deduce.

*

A Italia va don Juan; ¿y adónde iría
en verdad el amante pendenciero?
¿A prolongar su interminable orgía
y a gastar su existencia y su dinero?

- IV -

Fuese a Italia don Juan, lector querido,
Y aquí cierra su historia su cronista,
que seguirle hasta Italia no ha podido:
lo cual bien sabe Dios que me conlista.

Porque no es conclusión para una historia
acabar en un viaje

la vida y la memoria

de su más importante personaje.

Decir que llegó a Italia, como dice,

sin añadir más dél, es un exceso

de historiador sin seso;

porque si al menos naufragar le hiciera,

bien la historia en naufragio concluyera.

Pero sólo nos dijo:

«A Italia fue», de donde yo colijo

que fue este historiador un calavera.

Yo que, ¡oh lector!, tus intereses miro,

y a darte gusto aspiro,

tras el fin de don Juan un año anduve,

crónicas y memorias registrando,

manuscritos y sabios consultando

mas nada de don Juan a manos hube.

Hasta que, al fin, pasando por fortuna,

y ha poco, por Palencia,

topé con la ocasión más oportuna.

Un clérigo muy viejo,

en cuya casa por mi buen consejo

me hospedé aquella noche,

me contó como cosa verdadera,

y por los ojos de su abuelo vista,

una historia, que, a fe que si no era,

de don Juan de Alarcón, servir pudiera

para acabar la que empezó el cronista.

A contártela voy, lector benévolo,

con lo que el cuento de don Juan concluye,

y aunque de su verdad no desconfío,

a Dios plazca, ¡oh lector!, que como el mío

concluya mi don Juan a gusto tuyo.

*

Seis años había durado

del bravo don Juan la ausencia,

y su memoria en Palencia

con ellos se había borrado.

Mientras él fuera de España

vivió, habíanse vendido

sus bienes, que habían venido

a manos de gente extraña.

Y, en fin, el mozo expatriado

u oculto, no pareciendo,

fue poco a poco perdiendo

la hacienda que había heredado.

Siendo ella de las mejores
que en toda la tierra había,
está claro que tendría
infinitos compradores.

Pues sin deudos ni parientes
don Gil y don Juan, ninguno
puso impedimento alguno
a sus nuevos descendientes.

Tomó y pagó cada cual
la parte que le convino,
sin curarse del destino
de lo demás del caudal.

Y un hombre que se nombraba
de don Juan apoderado,
daba un recibo firmado
con la escritura y cobraba.

Nadie se volvió a meter
en más averiguaciones,
ni en ver si los Alarcones
podrían o no volver.

De ellos quedó, en conclusión.
la casa donde vivieron,
a la que siempre entendieron
por la *casa de Alarcón*.

Cuatro paredones, esto
es lo que guarda Palencia
de su pasada opulencia
por triste y último resto.

Y a vuelta de algunos años
y de otra generación,
todos serán de Alarcón
a las memorias extraños.

Tal es la vida, lector:
quien mete en ella más ruido
cae más pronto en el olvido
y con vergüenza mayor.

*

En una tarde nublada
del turbio enero venía
por una dehesa que guía
de Palencia a Torquemada,
un hombre mal ataviado,
cuyo traje y porte fiero
le daban por extranjero,
aunque no por muy honrado.

Traía el ceño fruncido,
a través del cual brillaban
dos ojos que a par miraban
con insolencia y descuido.

Una daga milanesa
por la cintura cruzada,
y una larguísima espada
en dos garabatos presa.

Todo el resto de su traje
igualmente convenía
a hombre que más no tenía
o a un hombre que va de viaje.

Al ver su cuerpo fornido,
su capa al hombro y su fiera
presencia, bien se pudiera
tomarle por un bandido.

Sin embargo, en su persona
hay cierto aire de grandeza
que inspira cierta franqueza
y a su misterio aficiona.

En un camino el hallarle
pavor infunde sin duda;
pero si pasa y saluda,
vuélvese uno a contemplarle;
y siéntese que se aleje
al ver tanta gallardía,
a par que causa alegría
que franco el paso nos deje.

Y, en fin, el viajero es tal,
que a todos cuantos le ven,
de lejos parece bien,
pero muy de cerca, mal.

Él, en tanto, sin curar
de quién pasa por su lado,
iba con pie acelerado
atravesando el pinar.

Cruzó un viñedo, en seguida
tomó una senda que a un valle
por las viñas se abre calle
de antiguo césped vestida.

Y aunque por lo embarazado
que está con hierba y ramaje,
no parece aquel paraje,
en verdad, muy transitado.

Él sigue siempre constante,
como quien sabe el destino
a que conduce el camino
que se le extiende delante.

Siguió por entre los brezos
y el enredado zarzal,
con el pie o con el puñal
apartando los tropiezos;

y llegó al fin de la cuesta
do se vía en la hondonada
una casilla olvidada,
ya ruinoso y descompuesta.

Y cubierto de amarillo
musgo y de hierba silvestre,
rodeaba esta campestre
casa un corto huertecillo.

Ya en él no había señales
de manos de jardineros,

y el plantío y el sendero
eran, sin cultivo, iguales.

Sólo en un centro se vía,
sobre un monumento alzada
de piedra una cruz labrada,
que aún en pie se mantenía.

Paróse ante ella el viajero,
Y ya por respeto fuese,
ya por temor que sintiese,
dejóse en tierra el sombrero.

Postróse después de hinojos
permaneciendo un instante,
aunque sereno el semblante,
con lágrimas en los ojos.

Y oró en silencio un momento,
al cabo del cual, alzándose,
con el sepulcro encarándose,
dijo así con triste acento:

«Padre, al morir me dijisteis:
"Si algún día tus locuras
o imprevistas desventuras
te roban cuanto te doy,
ven a mi tumba escondida,
que en mi sepulcro al postrarte
mi sombra saldrá a ayudarte..."
Cumplióse así, y aquí estoy.

»Rompe, pues, sombra adorada,
esa piedra que te esconde,
y a mis suspiros responde,
momentánea aparición;
dime, sí, que desde el cielo,
do mi padre habita ahora,
no me lanza, aterradora,
su terrible maldición.»

Calló aquí un punto, y besando
la lápida, con tristeza
inclinando la cabeza,
dijo alejándose ya:

«¡Quimeras!... Nunca los muertos
salen de la madre tierra,
que avara en su vientre encierra
el polvo que ser nos da.»

Entró así hablando el viajero
en la casa abandonada,
roída y desmantelada
por el tiempo destructor,
y no halló cosa en su centro
de que echar mano pudiera,
ni aun para hacer una hoguera
y procurarse calor.

Los insectos y las aves
la ocupaban solamente,
y en los aires de repente,
se lanzaron en tropel

al sentir bajo su techo
rechinar la antigua puerta,
que al entrar por ella, abierta
dejaba el hombre tras él.

Todo era dentro abandono;
desde el suelo a la techumbre
vio él triste con pesadumbre
polvo y miseria no más;
y doquier que los tendía,
sólo encontraban sus ojos
de otro tiempo los despojos,
que no ha de volver jamás.

La lluvia que penetraba
por los techos derruidos
tenía ya enmohecidos
los aposentos doquier;
y en los viejos paredones
las vigas, fuera de asiento,
amagaban de un momento
a otro momento caer.

Las puertas, al empujarlas,
desvencijadas cedían,
porque apenas mantenían
quicio en que apoyarse ya;
todo, en fin, amenazando
pronta y deplorable ruina
hacia la tierra se inclina
y a hundirse en su nada va.

Y todo esto lo contempla
el viajero muy despacio,
como pudiera un palacio
magnífico examinar
un anticuario curioso,
o un avaro que allí viera
una joya que otro hubiera
perdido en aquel lugar.

Mas sin duda despechado
de no hallar lo que apetece,
contra sí mismo parece
que revuelve su furor,
y en la sonrisa sardónica
con que miró cada objeto,
se ve que le da en secreto
su vista intenso dolor.

Suelta a veces repentina
e histérica carcajada,
y a veces, con voz airada,
espantosa maldición;
y otras veces dulce y lánguida
melancolía le inspira,
y tristemente suspira
su oprimido corazón.

A veces se cree que llora,
y otras, con voz insegura,

preces por bajo murmura,
que son conjuros tal vez;
y a veces, con ira impía,
jura, y maldice, y blasfema,
provocando un anatema
de Dios, con su insensatez.

En fin, parece que, víctima
de exasperados pesares,
ni espera ya en los altares,
ni fía en sí mismo ya;
y alguno dijera, viendo
su descompuesta figura,
que asentada la locura
dentro su cerebro va.

Al fin, abriendo ventanas
y puertas desencajando,
rompiendo y aniquilando
cuanto encuentra aquí y allí,
llegó hasta un salón oscuro
cuyo fondo daba entrada
a otra fábrica apartada
que no había visto hasta aquí.

Daba de la casa a un ángulo
en que estriba, un aposento
que parece en su cimiento
más seguro gravitar,
y al que separa del resto
de aquel edificio triste
una puerta que resiste,
y pugna por desquiciar.

Mas no pudiendo, y no hallando
ni llave ni picaporte,
tentó hallar algún resorte
que la moviera tal vez;
y al cabo de ir apurando
sospechas una por una,
asíó un clavo por fortuna
y se abrió con rapidez.

Daba la puerta a una estancia
con escasa diferencia
alhajada con opulencia
de las otras a la par,
aunque algo menos ruinosa,
y al parecer en secreto
preparada a algún objeto
difícil de adivinar.

No había de aquel oculto
y aislado aposento en torno
más muebles ni más adorno
que un antiquísimo arcón,
cuya llave, conservada
en su propia cerradura,
tal vez al secreto augura
misteriosa solución.

Abrióla aquel hombre, acaso
esperando en su fortuna;
alzó la tapa importuna,
ansiosa de ver si allí
algún secreto encontraba
que influyera en su destino,
mas sólo halló un pergamino
escrito, y decía así:

«COMO CUANDO AQUÍ TE VUELVAS
TODO LO HABRÁS YA PERDIDO,
Y TENDRÁS PUESTO EN OLVIDO
A TU PADRE Y A TU HONOR,
EN ESA CUERDA Y ESCARPIA
LO QUE MERECEES TE DEJO
Y CREO QUE ES EL CONSEJO
QUE PUEDO DARTE MEJOR.»

Quedóse don Juan atónito,
pues no era otro el que leía,
ni era otro el que escribía
sino su padre don Gil;
y sin apartar los ojos
de aquel fatal pergamino,
contemplaba su destino
con arrebató febril.

Y vio que había en el techo
una escarpia asegurada,
y en el arcón, enrollada,
miró la cuerda fatal;
y desplegándose toda
su existencia ante sus ojos
su insensato le dio enojos
panorama criminal.

No había en él más que juegos,
pendencias y desafíos,
disolutos amoríos,
y crímenes por doquier.
Aquí el esposo ultrajado,
allí la justicia hollada,
acá la monja engañada,
la seducida mujer.

Asesinado el amigo
allá en la sombra moría
en su sangrienta agonía
maldiciendo su amistad;
allá la lívida sombra
del desdichado Aguilera
salía rabiosa y fiera
de la oscura eternidad.

Y todas sus mil memorias
de riñas y seducciones,

en negras apariciones
mostrándose por doquier,
veníansele acercando
en muchedumbre siniestra
con el puñal en la diestra
su impía sangre verter.

Todas, estrechando el círculo,
en redor suyo apiñadas,
venían desesperadas
a maldecirle a una voz,
cada cual con justa cólera,
pidiéndole ansiosa cuenta
de alguna hazaña sangrienta
o de algún crimen atroz.

¡Ay, delira el desdichado!
La sangre hirviendo en sus venas
le deja intervalo apenas
en que poder respirar;
y ¡mísero don Juan!... ¡mísero!,
adonde quiera que mira
ve un espectro que con ira
viene su alma a demandar.

¿Y su padre? No, no hay duda:
al ver de don Gil la letra
el cruel destino penetra
reservado para él;
y sintiendo la conciencia
que le despedaza el pecho,
dijo de pronto: «Esto es hecho.»
Y asíó con ira el cordel.

Hízole un lazo a una punta;
el arca arrastrando trajo
hasta ponerla debajo
de donde la escarpia está,
y atando un extremo en ella,
y en su cuello el otro extremo,
maldijo don Juan su estrella,
a morir resuelto ya.

Colocóse sobre el arca,
disminuyó cuanto pudo
el espacio que del nudo
hasta su cuello quedó,
y entonces, segundo Judas,
con habla ya enloquecida,
así de la alegre vida
diciendo se despidió:

«Tenéis razón, padre mío,
ya otra cosa no me resta;
para una vida como ésta,
mucho mejor es morir.
¡Tenéis razón! Gran regalo
me dejáis, y lo merezco;
ea, pues, ya os obedezco.
¡Abra Dios mi porvenir!»

Tras cuyas impías palabras,
con los pies la arca empujando,
quedó el mísero colgando,
blasfemando de su Dios;
mas no bien gravitó el cuerpo
en la escarpia, cuando al punto
hierro y cordel todo junto
cayó de su cuerpo en pos.

Desplomóse con estruendo
la carcomida techumbre,
y empolvada muchedumbre
de escombros bajó detrás.
«¡Malditos maderos viejos!»,
exclamó don Juan, alzándose;
mas en su plan afirmándose,
dijo: «Un árbol valdrá más.»

Mas mirando al techo al irse
por azar, cuál fue su asombro
cuando pegado a un escombros
otro pergamino vio,
que a un lado manifestaba
un cerrado cofrecito,
y en él se veía escrito
esto, que don Juan leyó:

«PUES TUS VICIOS, ¡INSENSATO!,
HASTA AQUÍ TE HAN CONDUCIDO,
TEN HORROR DE LO QUE HAS SIDO,
Y MIRA LO QUE A SER VAS;
TOMA Y VIVE, MAS ACUÉRDATE
QUE CUANDO YA NADA TENGAS
SERÁ FORZOSO QUE VENGAS
POR OTRA ESCARPIA QUIZÁ.»

CONCLUSIÓN

Tú crearás, lector amigo,
que don Juan, esto leyendo,
en cuentas entró consigo
y por fin escarmentó;
también yo lo suponía,
pero amigo, nada de eso,
porque aquel clérigo obeso
que esta historia me contó,
me juró, como hombre honrado,
que había después sabido
que este don Juan, perseguido
por la justicia otra vez,
se escapó con su tesoro,
y volvió a su antigua vida,
gastando en Francia su oro
con bizarra esplendidez.

¿Y sabes lo que me dijo
aquel venerable anciano
apretándome la mano
acabado el cuento ya?
Pues me dijo aquel buen viejo,
¡oh lector de mis entrañas!,
que a quien tiene malas mañas...
El refrán se lo dirá.

Freeditorial 